

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

obra maestra

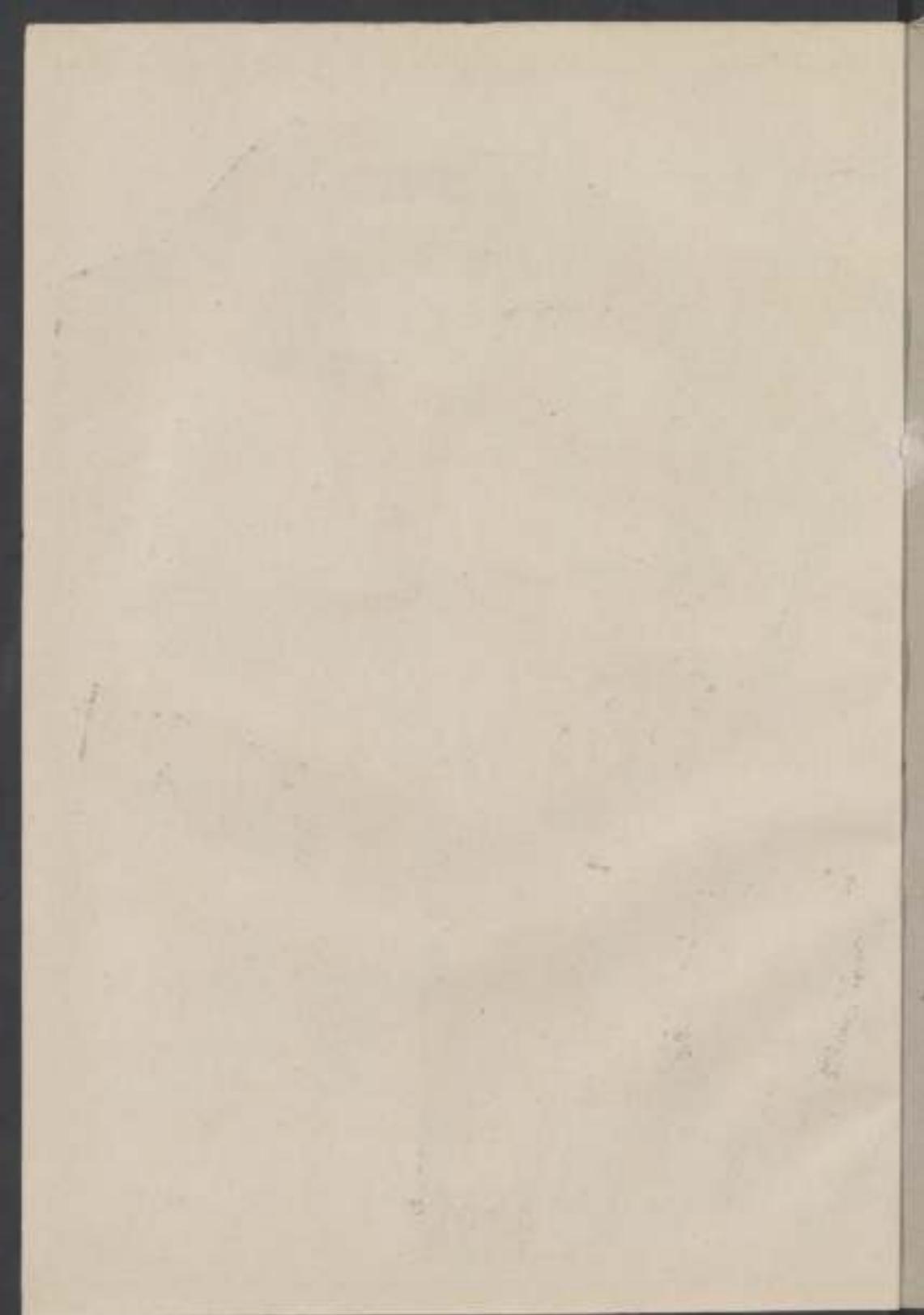
Editorial ALAS



TORTURA

Styl JARREL-
Alf KJELLIN-
Mai ZETTERLING

PREMIO INTERNACIONAL
• CANNES 1947 •





Reservados los derechos de
oposición y reproducción.

ARTES GRAFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 70657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director-propietario: RAMON SALA VERDAGUER

Apartado 707 // BARCELONA // Teléfono 70657
Valencia, 234 // Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Belmont, 16, Barcelona - Tornera, 4, Madrid

EDITORIAL

"AELAS"



AÑO XX

SERIE ESPECIAL
N.º 126

N.º 374

TORTURA

Premio Internacional CANNES

He aquí un cine del llamado psicológico, que por ser tratado a la europea, deja de ser morboso para convertirse en inteligente y hondo.

Aquella mano, cuya sombra reflejada en la pared que al accionar, express la razón que tortura el cerebro de una pobre mujer, es la clave de un drama cerebral, cuyo reflejo explica la razón de lo irrazonable.

Plano de antología, en la cátedra de un cine antológico, que no recordamos haber sido superado por ninguna escuela de las que constituyen los más altos valores del cine universal.

Un tema profundo y alto tan lleno de emoción humana que el espectador, si es inteligente, ha de quedar prendido por la admiración y, si no lo es, interesado por las altas calidades de una anécdota apasionante.

Europa y el mundo deben volver la cabeza hacia el cine sueco, cuyas altas calidades alcanzan en esta película una sabia lección para el cine universal.

Distribución
para España:



Cinematografía Comercial, S. A.

Jacomelrezo, 14

MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

Sil Jarrell
Alf Kjellin
Mai Zetterling

Director :

Alf Sjöberg

Narración literaria por
Luis Manuel Molina

UN SADICO PROFESOR

Hacia pocos minutos que en el reloj de la monumental fachada del Instituto de la ciudad sueca de Halsingborg habian dado las nueve. Un chiquillo, estudiante de párvulos, que cruzaba a todo correr la plaza en donde se levantaba el edificio de la escuela, se detuvo al llegar junto a la puerta, y con pasos sigilosos penetró en el interior.

Los alumnos del Instituto de Halsingborg no estaban sometidos a una disciplina ni mayor ni menor que la que existe en las restantes escuelas y colegios del mundo. Había —como en todos estos centros pedagógicos— profesores más o menos severos. Existía también el consabido profesor viejo o decano que había visto desfilar ante sí a muchas generaciones de estudiantes; los alumnos le conocían con el simpático apodo de «Pippos», y él, que no lo ignoraba, no se enfadaba por eso. Y digo que no se enfadaba porque Von Cederlund —nombre verdadero de «Pippos»— era extraordinariamente bueno. No desaprovechaba nunca cualquier oportunidad para salvar a los alumnos de los castigos que otros profesores severos les impusieran. Por ello todos los estudiantes, grandes y chicos, le tenían un verdadero cariño y no dudaban nunca, siempre que necesitasen un favor, en acudir a él. Sabían que sus negras pupilas mirarian atentamente a través de sus

ientes mientras el alumno hablase; después, en su boca semioculta por unos descomunales y blancos mostachos brotaría una sonrisa, sonrisa que significaba la concesión del favor.

El alumno a que aludíamos al comienzo de nuestra narración, después de entrar en el Instituto, comenzó a ascender su amplísima escalera tratando de hacer el menor ruido posible. Una de las faltas que más se castigaban en aquel centro docente era la impuntualidad, y el parvulillo había incurrido en ella, por el hecho de llegar después de las nueve. Temiendo el castigo que podía sufrir por esta causa, intentaba llegar inadyvertido hasta la capilla para eludirló, mas no tuvo buena fortuna, pues cuando ascendió los primeros peldaños de la escalera vió asomarse en lo alto de la barandilla a un profesor. Temblando de miedo procuró escabullirse, se escondió detrás de una columnata, pero el profesor, que ya le había visto, bajó las escaleras velozmente y se dirigió hacia él. El pequeñajo, poseído de un verdadero terror, comenzó a correr, pero fué en vano: el profesor, con sus largas zancadas, le dió pronto alcance y, cogiéndole por una oreja, le dijo en tono desabrido:

—Quieto, quieto, pequeño. Ven acá.

En aquel mismo instante cruzó ante ellos «Pippo», con unos libros bajo el brazo y vestido con su característica levita se dirigía a su clase.

—¿Qué le ha pasado a este muchacho?—preguntó al ver que el inflexible pedagogo le llevaba de una oreja—suponiendo que habla cometido alguna falta— y añadió, disculpándole—: Alguna travesura sin importancia. ¿No es eso, pequeño?

—Pues usted verá—contestó el profesor—. Ha llegado retrasado faltando a la oración.

—Vaya por Dios—exclamó «Pippo»—. Perdónale esta vez—dijo, intercediendo por el pequeño—. No creo volverá a ocurrir. ¿Eh pillastre?—añadió, dirigiendo estas últimas palabras al pequeño, que le miró reconocido.

Debido a ser el profesor más antiguo de la escuela, gozaba de un gran respeto y tenía una gran influencia sobre los restantes profesores. Esta influencia le permitía incluso tutearlos, y hacía

que éstos siempre considerasen sus opiniones. Por ello el profesor, que era casi un joven imberbe, accedió a perdonar al chiquillo, y éste bendijo mil veces a «Pippo» por la oportunidad con que había aparecido en aquella ocasión.

«Pippo» contempló cómo el maestro y el chiquillo se dirigían hacia la capilla y sonrió satisfecho, alegrándose de haber librado a un alumno de un castigo seguro.

Llegaron a la capilla en el preciso instante en que los demás estudiantes salían de ella. La mirada escrutadora del profesor, siempre atenta a descubrir cualquier falta o ligereza en los alumnos, vio que uno de ellos no llevaba su libro de cantos.

—¿Y su libro?—le preguntó.

—Me lo han quitado—respondió tímidamente el estudiante.

—Salga usted de la fila—ordenó autoritario el profesor, y dijo con severidad—: Ya arreglaremos este asunto más tarde.

—Me ha fastidiado—pensó el alumno—. Hoy me tocará salir una hora más tarde.

Y así, de esta manera, la vida del Instituto de Halsingborg difería muy poco de la de los demás centros docentes similares del mundo. Poco se diferenciaban sus aulas, sus bancos, sus profesores... sólo que uno de ellos...



Uno de los emperadores romanos que más se distinguieron por su egolatría y crueldad fué Caligula, y ciertamente los alumnos no habían encontrado mejor apodo para Colbjoersen, el profesor de latín, que el nombre del cruel emperador romano.

Si hubiéramos analizado los actos de Colbjoersen le hubiéramos juzgado un sádico —es decir, de una naturaleza morbosa que se deleitaba viendo sufrir a sus semejantes a causa de su crueldad—; pero si hubiéramos profundizado en nuestro análisis hasta llegar a las raíces psíquicas, habríamos descubierto la verdadera causa de sus actos: un complejo de inferioridad, que

en su deseo de anularlo y de combatirlo le obligaba a ser despota, cruel, autoritario; a crearse, en suma, una personalidad vigorosa capaz de ocultar su complejo.

Físicamente, «Calígula» —nombre por el que designaremos en adelante a Colbjøersen— hubiera podido pasar, no obstante su obesidad, por más joven de lo que en realidad era. Había cumplido ya los cuarenta años, y aun conservaba su cabellera del color del trigo maduro, si bien algunos reflejos plateados brillaban en ella. Su amplia frente se hallaba libre de arrugas y sus ojos, de mirada irónica, se parapetaban tras unas gafas montadas al aire. Su bien cuidado bigote no ocultaba la sonrisa sardónica de sus labios, antes bien, la acentuaba. Era de los pocos profesores que no vestía levita. No obstante, su preferencia estaba en los trajes oscuros, que le hacían aparecer más serio de lo que aun parecía ser. Sus ademanes eran pausados, a veces, otros bruscos y nerviosos, pero siempre espectaculares, de hombre que quiere causar sensación no sólo con su palabra sino también con sus movimientos. Hacía destacar más estos ademanes utilizando un puntero con el que señalaba a los alumnos cuando les preguntaba, del mismo modo que un director de orquesta señala con su batuta a los músicos cuando desea que éstos ejecuten las notas que les corresponden. Complaciase malévolamente de suspender el ánimo de sus discípulos con silencios angustiosos; cuando alguno se hallaba traduciendo un párrafo de latín le ordenaba repentinamente que callara y decía: «Ahora va a proseguir...», aquí hacía una larga pausa para impresionarles, haciéndoles temer que todos podían ser la presunta víctima y, después, rápidamente y sin dejar tiempo para que pensara, señalaba a alguien con su puntero y ordenaba: «Usted». El alumno, azorado, no podía evitar el que sus primeras palabras fueran pronunciadas incoherentemente, momento en que «Calígula» aprovechaba para dirigirle las más duras imprecaciones.

Aquella mañana, como en casi todas, antes de que comenzara la clase de latín, los estudiantes aprovechaban el momento que estaban solos para charlar de sus estudios y de sus asuntos particulares.

—No me sé la lección de latín y verás cómo hoy me pregunta—dijo uno de los alumnos llamado Petterson.

Petterson era un excelente muchacho. Aunque no poseía una gran inteligencia al menos sí tenía una férrea voluntad que le hacía estudiar y poder proseguir su carrera. Gozaba de gran predicamento y estimación entre sus compañeros pues, amigo de hacer favores, siempre tenía a punto un lápiz o una goma para dejárselos a otro camarada que los hubiera olvidado. Grandes melenas, que no siempre llevaba bien peinadas; unas descomunales gafas, de montura anticuada, a través de las cuales miraban unos ojos despistados; por lo demás, su indumentaria era pobre, como pobre era su familia.

Jan-Frik Widgren era un muchachote de dieciocho años, a quien Petterson había dirigido sus palabras, de rostro inteligente, muy apreciado, a excepción de «Calígula», por todos sus profesores, pues notable era no sólo su inteligencia, sino también su seriedad. Pertenecía a una noble familia, aunque no demostraba, por su llaneza y cortesía, estar engrdeído por ello.

—¿Qué lo presientes?—respondió Jan-Frik a las palabras de Petterson.

—En el vientre—repuso éste—. Descompuesto del susto que tengo.

Los restantes alumnos también charlaban de sus asuntos.

—Escucha mi voz—dijo uno de ellos que se jactaba de buen cantante—y verás que es estupenda.

—¿Por qué no me dejas en paz?—le preguntó, molesto, su interlocutor, sin hacer caso del simpático ofrecimiento—. Estoy estudiando. «Volo, no lo, malo, cupio, juno»...

En todas las clases hay siempre alguien popular por su simpatía y por su desparpajo. Este puesto lo ocupaba en el Instituto de Halsingborg un muchacho de baja estatura, alegre y dicharachero, llamado Sandman.

—¿Verdad, Strom — interrogó Sandman a un compañero de pupitre—, que hice bien en romper con mi novia? La muy mentecata no me hablaba más que de matrimonio.

—¿Ah, sí?—le respondió su interlocutor, con un deje de incredulidad.

—Casamos ahora—prosiguió Sandman dándose el postín de una persona mayor—. Con lo imposible que está la vida.

—¿Y el piso? ¿Dónde pretenderá esa loca que establezcamos nuestro nido? ¿En la copa de un árbol?

—Claro—corroboró Strom seriamente.

—Ni hablar—dijo resuelto Sandman—. Ni hablar de bodas.

En aquel momento vieron que llegaba «Caligula».

—Mira allí—dijo Sandman—. Fíjate bien en la cara de «Caligula». Cualquiera sabe lo que nos estará preparando.

—Desde luego, nada bueno—aseguró Strom.

—Valiente pajarraco—masculló Sandman.

«Caligula» entró en la clase en medio del silencio de los alumnos. Silencio que más se debía al temor rayano en terror que inspiraba, que al respeto que le tenían. Se dirigió pausadamente a su pupitre situado sobre un entarimado y, limpiando el cristal de sus gafas con el pañuelo, dijo, con voz meliflua:

—Les he oído hablar cuando me acercaba a la clase. Charlaban como cotorras. No estoy dispuesto a que esto se repita, ni tampoco a ser juguete de ustedes. Les aseguro que sabré tenerles a raya—y añadió reposadamente—. Comprendo que para ustedes no será agradable.

Mientras decía esto se dirigía con calma hacia el rincón donde estaba el puntero y cuando menos lo esperaban sus alumnos, lo cogió bruscamente y dando una vuelta señaló a Petterson con él.

—Señor Petterson, traduzca usted—la voz de «Caligula» sonó como un trallazo.

A Petterson le dió un vuelco el corazón: habían resultado ciertos sus presentimientos.

—Cuando Fabio Máximo hubo conseguido su propósito—comenzó a traducir tembloroso—, después de diez días alcanzaba la orilla del río Igas, donde acampó con su ejército. Los oficiales fueron llamados a la tienda del Cónsul, donde éste les comunicó... donde éste les comunicó—repitió titubeando— que como... Per-

dón, señor profesor, es que no logro traducir esta frase... —balbuceó Petterson, tratando de excusarse.

«Caligula», que se había acercado hasta él, le miró con sonrisa sardónica y le dijo:

—¿Está usted nervioso, verdad? Qué lástima. Pero no importa —prosiguió en tono autoritario, lleno de amenazas—, continúe usted, señor Petterson.

—... que como no se pusieran de acuerdo a pesar de todos sus planes, a ellos no les merecía confianza... aunque esté... aunque esto les pareció una buena labor...

—Parece que el señor Petterson no tuvo tiempo de abrir el libro —interrumpió «Caligula» —. ¡Qué pena de estudiante! —añadió—. Bien —prosiguió—, siéntese. Seamos amables con el señor Petterson y démosle tiempo para que recuerde. Vamos —dijo rápidamente a Jan-Erik, señalándole con el puntero—. Continúe usted.

—Aunque todo esto a ellos les parecía una buena labor —trajo Jan-Erik Widgren.

«Caligula» le interrumpió:

—¿Dice labor? —y su voz tronó—: Karling, traduzca usted.

—Una buena tarea —contestó el aludido.

—Eso sí —asintió «Caligula», y ordenó a Jan-Erik—: Siga, Widgren.

—Y entonces, por esos méritos quedaban obligados ya... a regalarles... un buen regalo que...

—¡Caramba! —interrumpió atormentador «Caligula»—. El señor Widgren emplea un lenguaje correctísimo —dijo, burlón—. Nunca he oído semejante redundancia. Traduce usted muy mal. ¿Se dice exactamente «regalar un regalo»? ¿Cómo se dice, señor Widgren?

Jan-Erik se mordió los labios, azorado como estaba, no sabía qué responder. «Caligula» no le dió tiempo a que lo pensara.

—¡Strom! ¿Cómo se dice?

—Ofrecer un regalo —contestó el interrogado.

—¿Se ha enterado usted, caballero?

—Iba a decirlo —dijo Jan-Erik.

- ¡Iba a decirlo! ¡Hum!—refunfuñó el profesor—. ¡Siga!
- Presentáronse al Cónsul y afirmaron estar dispuestos...
- Gracias—interrumpió nuevamente «Calígula»—. Ya está bien. Tradúzcame ahora «causar alegría».
- «Afficere aliquem laetitias»—respondió rápido el alumno.
- ¿«Causar temor»?
- «In... aliquem timore»—contestó menos seguro esta vez.
- ¿Causar?—preguntó «Calígula», viendo la equivocación de Widgren.
- In...
- In... ¿qué más?
- «Inficere»—Jan Erik pudo contestar gracias a su compañero de pupitre que se lo dijo quedamente.
- ¡Sin apuntes!—exclamó el profesor—. ¡Kreutz!—el aludido sintió una sacudida en su interior—. Dígame ejemplos de verbos impersonales.
- Miseret, pinitet, piget, pudet, taedet.
- ¡Karlson!—ordenó «Calígula»—. Enúnciame usted el verbo «cuidar».
- Parco, peperci, parsum, parcere.
- ¡Bokstodt! «Maltratar»—«Calígula» disparaba sus preguntas con la velocidad de una ametralladora.
- Plango, plantisi...
- ¡No, señor!—rugió el profesor—. ¡Dígame usted, Bergstrom!
- Plango, plansi, planctrum, plangere.
- «Cesar hostem agressus devicit»—dijo «Calígula» en latín, y ordenó señalando a Widgren con su puntero—. Tradúzcalo usted.
- César atacó y venció al enemigo.
- ¿Ejemplo de...?
- Construcción con participio—respondió sin vacilar Jan Erik.
- ¿Qué clase?
- Participio conjunto y... predicativo atributivo.
- ¿Qué más?—interrogó implacable el profesor.

Jan.Erik no supo responder.

—¡Usted no ha estudiado una palabra!—acusó «Calígula».

—Sí, señor!—estalló, ya exasperado, con voz fría el alumno.

—Dígame. ¿Por qué miente con ese descaro?

—Yo sé la lección—se defendió Widgren.

—¿Cree usted?

—Sí—asintió.

—Bien. Vamos a ver—dijo el profesor, decidido a derrotar al alumno—. ¿Qué verbos implican el genitivo?

—Aquellos como olvidar, mirar, demostrar, absolver, preparar... y otros verbos de acción.

—¿Ejemplo?

—Estimo.

—¡Siga!

—Facio, duco, iudo...

—¡Más!—ordenó «Calígula».

—Camo, merco, dolo... ¡Perdón!—se excusó Jan.Erik, conociéndole—. Bono...

—¿Pretonde aún convencerme de que sabe la lección?—interrumpió «Calígula», implacable.

—Le aseguro que he estudiado.

—Es usted perezoso y terco. Dos pésimas cualidades.

—Lo siento.

—¿Sí?—insistió el profesor—. Pues entonces abra el libro. Lea deprisa. ¡Pronto, pronto!

—La batalla duró tres días. Y por fin los romanos pusieron en fuga a todas...

A medida que Jan.Erik leía «Calígula» se iba aproximando a él. La vista del profesor sorprendió, hechas en lápiz en el texto del estudiante, unas anotaciones. Nada más verlo, se lanzó como una pantera sobre el libro y arrebatándoselo lo mostró a la clase, con ademán espectacular.

—¿Qué es esto? ¡Vaya hombre! ¿También tramposo?

—Olvidé borrarlo—se excusó Jan.Erik.

—¡Es curioso! ¿Olvidó borrarlo, eh? ¡Le pondré un cero! —y mientras decía esto se dirigió hacia su pupitre y después de sen-

tarse con parsimonia, cogió el cuaderno de notas en donde apuntó el cero a Widgren, añadiendo ya más sereno—: Es un triste deber para mí tener que castigar a un alumno por tramposo un mes antes del examen final. Lo siento, señor Widgren, ¡es una pena! Pero aunque muy lamentable, sólo es culpa suya. Creo que esto le perjudicará bastante... Jan.Erik Widgren —en aquel instante sonó la campana que indicaba el fin de la clase—. Ya es la hora —dijo «Caligula», mirando su reloj y levantándose para salir—. ¡Buenos días, señores!

Los estudiantes suspirarón aliviados al ver alejarse a la pesadilla.

—A este tipo habría que escarmentarle—dijo Petterson.

—¡Es un perfecto majadero!—comentó otro.

—Yo diría un bárbaro—añadió un tercero.

—Cuando haya concluido el curso y podamos vagar a capricho—dijo el simpático Sandman—. Vagar y comer, comer y vagar sin otra preocupación. ¡Qué felicidad! —y dirigiéndose a Jan. Erik, del que era buen amigo, le dijo—: Vámonos, muchacho.

BERTA

El estanco situado enfrente del Instituto de Halsingborg era frecuentado constantemente por los estudiantes de los últimos cursos. Aunque no podían comprar tabaco, pues la dirección del Instituto tenía prohibida su venta a sus alumnos del centro, siempre buscaban algún pretexto, como el comprar alguna revista o alguna golosina, para piroppear a la linda estanquera.

Berta —que así se llamaba la estanquera— no solamente era joven, graciosa, muy simpática, sino también era muy bella. Pelo rubio, facciones delicadas, nariz respingona y graciosa. Su cuerpo, escultural y triunfante, era perfecto y libre de ese tipo masculinizado tan frecuente en las mujeres escandinavas.

Sandman, desde que rompió con su novia, era uno de los más asiduos frequentadores del estanco, apenas si le alcanzaba el dinero que le daban en su casa para comprar tantas revistas. Ese día fué el primero en entrar en el estanco.

—¡Buenos días, guapísima!—saludó, sonriente.

—¡Hola! ¿Qué quieren?—preguntó con amabilidad Berta—. ¿Caramelos, acaso? Ya saben que a los estudiantes me está prohibido venderles tabaco.

—¡Caramba!—exclamó Sandman—. Es precisamente lo que venía a comprar.

—Pues no se lo venderé.

—Es que es para mi padre—mintió Sandman.

—¿Para su padre?—preguntó Berta con desconfianza.

Jan.Erik, que acompañaba a Sandman, vió que en aquel momento entraba en el estanco el odiado y tímido profesor de latín.

—Sandman—dijo a su compañero—, ¡ojo! Vámonos.

El simpático muchacho se dió inmediatamente cuenta de por qué Jan.Erik le había invitado a que se marcharan.

—Bueno, señorita—disimuló—. Me llevo esta revista. Tome—dijo, entregándole su importe, y al dar la vuelta para marcharse su vista tropezó con la del profesor—. ¡Adiós!—le saludó tímidamente.

—¡Adiós!—saludó a su vez Jan.Erik.

«Calígula» los miró con aire de superioridad y, como si lo hubiera estado pensando después de unos segundos devolvió el saludo que los alumnos le habían hecho.

—Deseo una cajita de puros—pidió a Berta cuando los muchachos se hubieron marchado.

La estancuera complacióle. De una de las estanterías cogió una caja de la marca que sabía gustaba más al profesor.

—¿Me la quiere usted abrir, por favor?—rogó «Calígula»—. Yo no podría... estoy muy nervioso.

Efectivamente, tenía razón. En su rostro se notaban extraños síntomas de depresión. Parecía como si el esfuerzo que realizaba constantemente su extraña mentalidad para anular su complejo de inferioridad le agotara. Otra causa tenía, además, para estar nervioso: Berta le atraía. Sentía por ella una inclinación morbosa la amaba, a su modo, pero la amaba.

Berta obedeció nuevamente. Cogió la caja de puros e hizo presión sobre su tapa con un cortaplumas, pero con tan mala fortuna, que éste resbaló y le produjo un rasguño.

—¡Oh, chiquita!—exclamó «Calígula»—. ¿Te has hecho daño?

—No. No ha sido nada—dijo Berta—. Gracias. ¿Desee usted algo más, señor profesor?

—Sí, sí. Fuego, por favor.

La muchacha complació también esta vez al profesor encendiendo el puro que se había llevado a la boca, «Caligula», después de dar unas cuantas chupadas para mejor encender el cigarro, preguntó a Berta, clavando su inquisitiva mirada en ella:

—¿Te veré luego?

—Sí... sí, señor—respondió turbada la joven estancuera.



Jan-Erik sabía muy bien lo que significaba un cero en latín poco tiempo antes de los exámenes finales. Sólo un milagro le podría salvar ya del suspenso y del castigo de su padre, que aunque bueno era bastante severo e inflexible. Por ello, cuando estaba sentado en la mesa comiendo con su familia y le preguntó su hermanito pequeño Boris la causa de su mal humor, respondió airado:

—Déjame en paz!

La señora Widgren, madre de Jan-Erik, al ver la forma tan despectiva con que su hijo Jan había tratado a Boris, le reprendió:

—Jan, no trates así a tu hermano.

—Pues que coma y calle, que es lo que debe hacer.

El padre de Jan-Erik intervino en la conversación preguntando a su hijo:

—¿Cómo te fué hoy en latín?

—Regular.

—¿Conque regular?—dijo el señor Widgren con gesto de reproche.

La señora Widgren terció con acento comprensivo y maternal:

—¿Te ha sucedido algo desagradable? —sonó en aquel momento la llamada del teléfono, y la señora Widgren ordenó a su

hijo pequeño—: Boris, ve tú al teléfono —y dirigiéndose a Jan-Erik, le preguntó—: ¿Qué ha ocurrido?

—Me han puesto un cero—confesó el muchacho.

—¡Por tramposo!—le acusó su padre.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Jan-Erik, extrañado.

—Tu profesor de latín me lo ha dicho—respondió el señor Widgren, añadiendo—: y debo decirte que su determinación me pareció justa.

La señora Widgren sufrió enormemente al enterarse de la mala nota que habían puesto a su hijo, sufrimiento que se vio acentuado al conocer la causa de ella.

—Jan, hijo mío—preguntó, dolorida—. ¿Por qué hiciste eso?

—¿Pero qué he hecho yo?—interrogó, extrañado, al ver que todos le juzgaban culpable de un delito que no había cometido—. Tomé unas anotaciones durante el ejercicio y luego me olvidé de borrarlas. Eso es todo.

—Será como tú has dicho—aceptó el señor Widgren, y añadió, acusador, no queriendo torcer su brazo—: Aunque no por ello deja de ser desagradable y más en vísperas de exámenes.

—Espero que aun habrá remedio—dijo Jan-Erik.

—No sé—insistió el padre—. Ya veremos. Tú no le das importancia, pero a tu madre y a mi nos tiene muy preocupados, y en mi opinión debo decirte que la falta es grave —y queriendo poner fin a esta conversación dijo—: Bien, ya hemos terminado de comer, levantémonos.

—Ni que hubiera cometido un delito—refunfuñó Jan-Erik cuando sus padres se hubieron alejado.

—¡Bah!—exclamó su hermano Boris, que después de haber respondido a la llamada telefónica había acudido al lado de su hermano—. No les hagas caso, y vete al teléfono, que te llama Sandman para ver si quieres ir al cine con él.

Jan-Erik se dirigió rápidamente al teléfono, y aunque trató de rechazar la invitación de su amigo, la simpática tenacidad de éste le obligó a aceptarla.

* * *

—¡Ay, qué sueño!—dijo Sandman a su amigo cuando salían del cine—. Oye si yo tuviera un esclavo como ese tipo de la película, lo mandaría al Instituto por mí, ¡y así no vería a «Calígula»!

—Vaya suerte—comentó Jan-Erik.

—¡Sería estupendo!—exclamó Sandman, entusiasmado con ese pensamiento—. Yo me quedaría en casa comiendo verdaderas montañas de pasteles... y bebiendo. Bebiendo a discreción—repitió chasqueando la lengua de gusto al imaginar botellas y copas rezumantes de delicioso vino, y —añadió— también en compañía de una mujer que me hiciese la vida más agradable. ¿Qué te parece esto, Jan-Erik?

—Yo creo que tú eres un indecente materialista—opinó bromeando su amigo y añadió con voz soñadora—: Yo veo las cosas de otra manera. Cuando yo acabe la carrera, continuaré mis estudios de violín. Y en cuanto a mujeres, sólo quisiera conocer a una, y a esa mujer quererla de verdad.

—Entonces—respondió Sandman—. ¿no has querido a ninguna? ¿Y qué ha sido de Lena, aquella chica rubia?

—¡Bah! —dijo despectivo Jan-Erik—. A ésa no la quise nunca.

—¡Tú estás loco! No seas romántico—reconvino Sandman—. ¿No estarás esperando encontrarte con la mujer ideal?

—Claro—confesó Jan-Erik.

—La excepción no existe.

—¿Por qué no?

—Yo creo que todas son iguales, pues, sean como sean, siempre resultan fastidiosas.

Mientras así hablaban llegaron a un punto en donde, para ir a sus respectivas casas, tenían que separarse.

—¿Me acompañas?—preguntó Sandman a su compañero.

—No. Es ya demasiado tarde y, además, quiero estudiar. Ya viste lo que me ocurrió hoy con «Calígula».

Sandman a quien la mención del odiado profesor de latín le produjo náuseas, dijo con gesto de desagrado:

—No me recuerdes a ese energúmeno.

—Es verdad. Parece amable, y sin embargo...

—Suele ocurrir—dijo Sandman— que al arrancar una piedra muy bonita encuentras debajo animalitos repugnantes. Tal es el caso de «Calígula». Hay que guardarse de él como de un reptil venenoso.

—Es un hombre sin conciencia—afirmó Jan-Erik.

—No lo sabes bien. Aun no lo conoces. Yo que llevo dos cursos soportándolo me lo sé hasta de memoria —y añadió, despidiéndose—: Adiós.

—Te he debido parecer algo tonto—dijo Jan-Erik, acordándose de cuanto había hablado del sexo contrario.

—No, hombre—aseguró su compañero—. Contigo se puede hablar en confianza. Claro, únicamente que aun crees en la inocencia de las mujeres. Adiós —se despidió nuevamente.

—Adiós, Sandman.

Se marcharon cada uno por su camino. Era ya completamente de noche y Jan-Erik, queriendo llegar pronto a su casa, aceleró su marcha, y, con intención de atajar, desvió sus pasos de la calle principal por donde caminaba hacia unas callejuelas de segundo orden y poco transitadas, que desembocaban justamente en el amplio boulevard en donde se hallaba enclavada su casa.

Al poco rato de internarse por esas tortuosas calles, su vista descubrió entre las sombras de la noche, la figura de una mujer que caminaba dando tumbos.

«Pobre desdichada—pensó—, sin duda alguna debe de estar ebria.»

Efectivamente, así era: la mujer se hallaba bajo los efectos del alcohol. Queriendo evitar un encuentro desagradable, Jan-Erik trató de pasar de largo, pero algo le detuvo: al cruzar la mujer ante un farol, le pareció reconocer en ella a Berta, la estanquera.

Cassando cerciorarse si era cierto lo que habian visto sus ojos, aceleró el paso, dirigiéndose hacia ella.

Al acercarse, su duda se convirtió en certeza. Berta, la simpática inocente estanquera, apareció en aquel momento a sus ojos como una mujer destruida y enfangada.

—¡Berta! ¿Qué le ocurre?—preguntó cuando se hubo repuesto de la sorpresa.

—¿A mí?—preguntó una voz enronquecida, distinta de aquel trino alegre y agradable con que él había oído hablar siempre a la muchacha— ¿Por qué lo preguntas? Nunca me he encontrado tan bien—añadió petulante, mientras eruptaba aparatosamente.

—Permítame que la acompañe—se ofreció Jan-Erik—. Su estado no es normal.

—Déjame y sigue tu camino—respondió un tanto desabrida Berta—. No seas insolente. ¿Por qué me miras tanto? Anda, vete.

—No. No debo dejarla sola.

—¿Ah, no? ¿Es que te gusto?

—Déjese de tonterías—dijo impaciente Jan-Erik—. Y dígame donde vive.

Berta quiso marcharse, pero al dar los primeros pasos vaciló y estuvo a punto de caer. Jan-Erik evitó la caída sujetándola en sus brazos.

—Suéltame y márchate—protestó la muchacha.

—Pues dígame donde vive.

—¿Y a ti qué te importa?—dijo Berta, dándole un empujón para desasirse.

Un guardia que cruzaba por la acera de enfrente se los quedó mirando atentamente. Jan-Erik, que se dió cuenta, le dijo:

—Trate de serenarse un momento. El policía nos ha visto.

Cuando el guardia se hubo alejado, Jan-Erik insistió:

—Dígame donde vive—tampoco esta vez la muchacha le contestó— ¿No me lo quiere decir, ah? No importa, yo lo averiguaré! —le registró los bolsillos, hallando en uno de ellos una pequeña agenda en donde tenía anotado su domicilio—. Está bien, calle 32... anda—dijo, tuteándola—, vámonos.

Gracias al firme apoyo del brazo de Jan-Erik consiguió Berta

llegar a su casa. La calle 32 estaba situada en una modesta barriada y la mayoría de sus edificios eran de apariencia precaria y miserables viviendas. En una de las más humildes, situada en una buhardilla y compuesta por una sola habitación, a la vez cocina y dormitorio, vivía Berta. Al llegar a ella, Jan-Erik sacó del bolsillo de la muchacha la llave y abriendo la puerta entró con ella en el aposento; después de encender la luz, la condujo hasta la cama y allí la depositó, contemplando por un instante la habitación en donde se encontraba.

Sintió una profunda tristeza al considerar que Berta tuviese que vivir tan precariamente a causa de la estrechez de su sueldo de estancquera. Su vista, que recorrió toda la habitación, tropezó con una botella de coñac que había sobre la mesa, y comprendiendo que ésta había sido el origen de la embriaguez de la infeliz muchacha, avanzó unos pasos hacia el licor con intención de tirarla. Berta, que se hallaba incorporada en el lecho, al ver la actitud de Jan-Erik le dijo:

—Oye, deja en paz mi botella.

El muchacho no hizo caso y vertió el licor contenido en el lavabo, en el que se sumió el líquido con gorgojeante sonido.

—¿Por qué lo has tirado?—preguntó Berta, a quien la acción de Jan-Erik había extrañado.

—Me marcho. Adiós—se despidió el estudiante sin responder a su pregunta. Dirigiéndose a la puerta puso la mano en el picaporte.

—No, No te vayas—suplicó Berta, y añadió con gesto atemorizado—: Tengo mucho miedo. No quiero estar sola. Tengo mucho miedo—repitió—. Por favor—suplicó nuevamente—, quédate conmigo.

Su cara retrataba un sincero y espantoso terror.

—¿Por qué tienes miedo?—preguntó extrañado Jan-Erik.

—No puedo decirlo. Pero es cierto, ¡Es un miedo horrible, Jan-Erik! Por favor, no te vayas—y añadió con gesto desesperado—: No puedo, no puedo más... Es un terror que me domina y me quitará la vida... Me tortura sin piedad... Quédate, te lo

ruego —terminó, extendiendo sus brazos hacia él en actitud suplicante.

Aunque el tremendo cuadro realista que acababa de ver en la mujer beoda, y casi delirante y en el extraño terror que la dominaba, había impresionado en forma extremadamente negativa a su quijotesca mentalidad juvenil impulsándole a brindar a la infortunada muchacha su ayuda, el pensamiento de que en su casa estarían preocupados por su tardanza, le decidió a marcharse.

—No puedo quedarme—respondió a la súplica de Berta.

—¿No puedes?—interrogó ésta—. Pero ¿por qué?

—Debo regresar a casa, Berta.

—¡Pobrecillo! ¡Tienes que hacer aún tus deberes!—dijo un tanto despectiva, dolida por la negativa de Jan-Erikk.

—Sí. Así es.

—¡Pues vete al diablo!—le increpó, exasperada, recobrando su aspecto de mujer alcoholizada, aspecto que había ido perdiendo desde que Jan-Erik la encontró—. ¿Qué haces que no te marchas?—preguntó, viendo que el muchacho continuaba ante ella—. ¿Qué quieres ahora, eh?

—Saber por qué bebes—habló lentamente el joven.

—¿Qué te importa!

—Tienes razón—dijo Jan-Erik—. ¿Por qué preocuparme?

—¿No te gusto?—preguntó la estanquera al ver que el estudiante había perdido el interés por ella.

—No—negó el muchacho.

—¿Te doy lástima, quizá?

—No sé...

—¿O es que te causo miedo?—inquirió, levantándose de la cama y dirigiéndose hacia él con una sonrisa en los labios.

—Es posible.

—No lo tengas—dijo Berta—, y quédate conmigo. Me asusta quedarme sola.

—No puedo, es ya muy tarde. Son casi las tres y media—dijo el muchacho, mirando el reloj.

Berta no quiso retenerle por más tiempo y le dijo agradecida antes de despedirse:

—Te agradezco el haberme traído a casa.

—Adiós, Berta —se despidió Jan-Erik—. No vuelvas a beber.

—Pues prométeme acompañarme siempre — impuso como condición la estancquera.

—No sé... es que yo —trató de rehusar Jan-Erik.

—Prométemelo —insistió Berta—. Debes prometérmelo.

—Bueno... sí —accedió el estudiante.

—Prométeselo a «Pelle» también — dijo con un gracioso mohín, señalando a un gatito que había sobre la cama.

—Sí, «Pelle» —afirmó Jan-Erik—. Volveré pronto.

—¿De veras? —inquirió Berta con el semblante iluminado por la alegría.

—Sí. Adiós —se despidió el estudiante, abandonando la habitación de Berta.

—Adiós... ¡Hasta pronto! —contestó la estancquera, ofreciéndole sus labios.

¿«PIPPO» HABLA CON «CALICULA»?

«Pippo» tenía una cuenta pendiente de arreglar con Petterson, y cuando dieron la señal de la salida del colegio se fué hacia la clase del muchacho para hablar con él.

—Petterson, ¿Dónde estará este muchacho?—dijo mientras su vista observaba a los alumnos que abandonaban la clase tratando de encontrarle—. ¿Ha visto alguien a Petterson?

—Está todavía en la clase, señor profesor—respondió uno de los alumnos.

—Dejadme pasar—dijo «Pippo», abriéndose paso entre los estudiantes y entrando en la clase—. ¡Ah! ¡Aquí está Petterson!—exclamó al verle sentado en un pupitre, y acercándose a él—: Petterson, tengo que hablar seriamente con usted.

—Me lo imagino.

—Este Petterson... Este Petterson—comenzó diciendo, meneando la cabeza en son de reproche—. No puede usted imaginarse lo desagradable que esto es para mí ¿Por qué faltó usted el lunes a clase, Petterson? ¿Por qué ha hecho usted esto, criatura? ¿No comprende que está en vísperas de exámenes?

Petterson agachó la cabeza avergonzado.

—¿Es que no sabía la lección?—preguntó el profesor.

Petterson, cabizbajo, no respondió tampoco esta vez.

—Conteste, hombre de Dios, conteste—dijo «Pippo» sin perder su extraordinaria paciencia—. Tenemos que hablar de este asunto seriamente.

—Es que...—empezó Petterson, compungido, sin atreverse a continuar.

—Vamos, hable, diga.

—Es que... «Caligula»... digo, el profesor de latín...

—Ya, ya. Comprendido.

—Nos atemoriza—prosiguió el alumno.

—¿Que les atemoriza?

—Sí, señor profesor. Y no damos pie con bola cuando nos pregunta. Nos infunde pánico. Es inexorable—como el fuego, Petterson no tenía ya miedo de hablar—. Tenemos respeto a todos los profesores, pero es que a él le gusta asustarnos. Créame, es un tipo raro.

—Vamos a ver, señor Petterson, escúcheme.

—Dígame.

—¿Faltó usted por eso el lunes a clase, o porque le pusieron lección doble de latín?

—Nos destroza el domingo poniéndonos para el lunes lección doble.

—Todo lo que quiera, pero a usted le pondré un hermoso cero. ¿No le da aunque sea un poco de vergüenza?

—Yo...

—Y aun esto me parece poco castigo—dijo «Pippo», tratando de parecer severo.—

—Tenga piedad—suplicó Petterson—. No lo haré más. Discúlpame, señor profesor. Tal vez no me admitan al examen final. Sería horrible. Mi madre se disgustará mucho. Tenga usted compasión de mí.

—Ya veremos la forma de arreglarlo—dijo «Pippo» en tono tranquilizador, y añadió un tan abrumado—: Menos mal que el año que viene me jubilo—y prosiguió, dirigiéndose al alumno—:

Peró es la última vez que soy transigente con usted. No olvide esto, señor Petterson. Grábeselo ahí —dijo, dándole un golpecito en la cabeza con un libro.

* * *

«Calígula» y «Pippo» se encontraron en el inmenso salón donde se guardaban los mapas y todo el material pedagógico del Instituto de Haisingborg.

—Buenos días —saludó «Pippo» a su colega— Quiero hablarte.

—Usted dirá...

—He observado, Nils, que los alumnos te tienen miedo.

—Es un sistema seguro para imponer la autoridad de maestro —arguyó «Calígula».

—Pero —opinó su interlocutor— de dudosa eficacia para la enseñanza.

—¿Usted cree?

—Desde luego —reiteró su opinión «Pippo», y añadió—. ¿Por qué no intentas otro método distinto? Los muchachos no son malos... Si acaso, un poquillo perezosos —admitió el viejo profesor—, pero a su manera, claro está, son buenos chicos. ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Creo que sí —dijo «Calígula», añadiendo—: Nuestra misión es demasiado compleja. Estos alumnos de hoy son nuestros colegas de mañana. Quizá nuestros gobernantes. ¿Por qué ser enemigos?

—Comprendo —continuó «Pippo» con sus razones— que el profesorado de por sí tan difícil para algunos temperamentos...

—¿Quiere darme a entender que los atemorizo? —preguntó el profesor.

—No quise decir tanto —contestó «Pippo», tratando de suavizar el tono de la conversación.

—¿Qué pretende entonces?

—Te lo diré. Que tú que eres un hombre de grandes méritos no deberías conceder mayor importancia a estas chiquilladas de los alumnos.

—Perdón—cortó «Calígula»—. Pero esto es algo que no le incumbe.

—Sí, porque se trata de alumnos que estudian también conmigo.

—¿Cree acaso que mi manera de ser les perjudica?

—Sí, a ellos y a ti mismo—afirmó «Pippo»—. Así no te podrán querer nunca; al contrario, no conseguirás sino que te odien.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque conozco a los chicos.

—¿Y acaso yo no los conozco?

—No. Si los conocieras no procederías así con ellos.

—¡Ya está bien!—dijo «Calígula», volviendo la espalda al viejo profesor, y comenzando a buscar un mapa entre los que había colgados de unos soportes—. No me agradan nada estos sermones—refunfuñó.

—No se trata de sermones—prosiguió tenaz en su discurso «Pippo»—. Compréndeme. Hasta ahora creí que los chicos te interesaban, pero por lo visto soy un viejo ingenuo.

—¿Ingenuo?

—Claro—asintió «Pippo»—. Y ahora me convengo de que los alumnos te traen sin cuidado.

—Puede ser...—admitió el profesor de latín.

—Pero entonces, ¿qué es lo que te interesa? Todo profesor debe preocuparse de sus discípulos. Si no lo hace, mejor es que abandone su profesión.

—Ya me enoja su discurso—dijo agriamente «Calígula» al mismo tiempo que continuaba, nervioso, buscando entre los mapas—. ¿Quién puede haber cogido el mapa número cuarenta?—preguntó.

«Pippo» no hizo caso a la pregunta de su colega, y prosiguió arguyendo sus razones.

—Yo juzgo conveniente hacerte comprender que como profesor eres bastante inepto. Quizás...—admitió—yo también lo

sea... por ser demasiado bueno. Pero me quieren los chicos, sin dejar, por ello, de respetarme.

—Yo a esas tonterías no les doy importancia—contestó «Calígula», que seguía buscando nerviosamente el mapa.

—No son tonterías. Ellos y tú parecéis enemigos en constante guerra. Y no debe ser así. Hay que tener mucha paciencia y captarse la voluntad de los alumnos con simpatía y con bondad —y terminó, recalcando sus palabras—: No torturándolos.

—Lo que me interesa ahora es encontrar el mapa—dijo «Calígula» sin hacer caso a las palabras del veterano maestro.

—Aun no he terminado —continuó implacable «Pippo»—. Tienes que escucharme. Puedo exigírtelo, pues, además de llevar más años que tú en la profesión, casi podría ser tu padre. Así es que escucharme con calma: la vocación de profesor es algo con lo que se nace, y que no puede adquirirse por méritos en el servicio o éxitos más o menos relevantes en los estudios, ¿estamos? Y tú has tenido éxitos, más no por ello eres un buen profesor, pues de los chicos mismos sabes... muchísimo menos que mis viejas zapatillas. Necesitas algo más que conocimientos: necesitas corazón, alegría, comprensión. Tres cosas que tú ignoras en absoluto. Y lo más lamentable es que tu caso no es una excepción. Como tú hay muchos en todas las escuelas. Y vuestro sistema siempre causa... víctimas.

—Podría aducir razones—contestó «Calígula» al sermón de «Pippo»—. Créame, estoy enfermo, bastante enfermo. Mi sistema nervioso no funciona debidamente. Por otra parte, el curso escolar es demasiado largo y agotador —mientras que así hablaba denotaba cansancio y fatiga, pero súbitamente, dadas las múltiples reacciones de su psicosis complejísima, cambió el tono de voz y dijo con energía—. Pero yo adoro el realismo y me gusta hablar sin disimulo. Trabajo objetivamente y no pienso modificar mi sistema porque usted haya tropezado entre sus alumnos... ¡con un chico histérico! —dijo pensando en Jan-Erik, pues suponía que había sido causa del cero que le puso por lo que «Pippo» le lanzó esa perorata. Después, excitado por la infructuosa busca del mapa, preguntó—: ¿Dónde estará el mapa número cuarenta?

—Lo tengo yo—dijo con la mayor naturalidad «Pippo», entregándole un mapa enrollado con el que había estado accionando mientras hablaba, y despidiéndose de él, se marchó.



Algo debieron impresionar las palabras de «Pippo» al profesor de latín, pues éste fué en busca de Jan-Erik Widgren con intención de congraciarse con él. Se dirigió al aula en donde estaban estudiando los alumnos del curso de Jan-Erik y nada más entrar preguntó:

—¿Está Widgren?

—No, señor—le respondió Petterson.

—¿Dónde está?—inquirió el profesor.

—Fué a buscar unos libros a la biblioteca.

—Gracias—dijo «Calligula», marchándose de la clase.

—¡Vaya susto que me ha dado!—exclamó Petterson con ojos asustados.

«Calligula» se encontró con Jan-Erik cuando éste salía de la biblioteca.

—Espere un momento, Widgren—le dijo.

—¿Desea usted algo de mí?

—Sí. Quiero hablarle —y señalando a la ventana dijo—: Sentémonos allí, Widgren —el alumno obedeció, y cuando ambos se hubieron sentado, «Calligula» dijo—: Para mí es muy desagradable que exista entre nosotros un mal entendido, pero quiero que usted me comprenda. Sí, Widgren —repitió las palabras para reforzar su expresión—, quiero que usted me comprenda. Yo también he tenido dificultades. He estado muy enfermo. ¿Me comprende usted? Muy enfermo —hizo una pequeña pausa y continuó—: Vengo observando que usted, Widgren, me mira con cierta aversión, casi con odio. Esto no debe ser así.

—Yo no tengo nada contra usted —mintió el alumno, temeroso de que las palabras del malvado profesor fuesen una treta para hacerle confesar la antipatía que le inspiraba.

—Sí—repuso «Caligula», comprendiendo que el alumno había tenido miedo a decir la verdad. Sí que sabe a qué me refiero. Y le suplico que en lo sucesivo no me mire con rencor —se detuvo al oír pasos que se acercaban y al ver que se trataba de un alumno se levantó, y cambiando el tono de voz dijo—: Es cuanto tenía que decirle. Conque ¿quedamos en esto, Widgren?

Jan-Erik asintió con la cabeza.

Sandman, que era el alumno que se había acercado, preguntó a su amigo cuando «Caligula» se hubo alejado.

—¿Qué te pedía ese mochuelo?

—Me parece que no está en sus cabales—respondió Jan-Erik, extrañado por la actitud de su profesor.

—Oye, ¿quién era esa chica con la que ibas hace días por la Storgasse?—preguntó Sandman, olvidándose de «Caligula»—. No la ví bien y no pude saber si la conocía o no.

—Mi novia—contestó lacónicamente Jan-Erik.

—¿Ah!—exclamó sorprendido Sandman—. ¿Y se puede saber cómo se llama?

—Sí, se llama Borta.

Sandman no pudo responder a causa de la sorpresa que la noticia le había producido. Cuando reaccionó, estrechó la mano de su amigo.

—Te felicito, hombre—le dijo.

—Gracias, Sandman.

UN ALMA A LA DERIVA

Jan-Erik llevaba camino de ser un virtuoso del violín. Sin haber acabado aún el tercer año de los estudios musicales tocaba con extraordinaria habilidad. Poseía, sin duda alguna, en el interior de su alma la sensibilidad de un artista, y esa sensibilidad hacía brotar de su violín notas patéticas y melódicas que impresionaban profundamente a sus oyentes.

Berta —que como había asegurado a su amigo Sandman era ya su novia— había sufrido una transformación desde que Jan-Erik le entregara su amor. La mujer atemorizada, llevada por sus sufrimientos hasta la desesperación, había sucumbido, para dejar paso a una muchacha alegre, feliz, buena, como lo fué cuando vivían sus padres y cuya existencia transcurría en constante dicha y ventura. El extraordinario terror que la condujo hasta la bebida, y cuya causa no llegó jamás a conocer su novio, había desaparecido, si bien a Jan-Erik le asaltaban sobre este punto fatales presentimientos. Hubiera querido saber el motivo de él, pero el temor de abrir en su alma las heridas cicatrizadas, le contuvo antes de hacerle las preguntas que pugnaban por salir de sus labios.

Conforme prometió a Berta y a su gatito el primer día que estuviera en su casa —mejor dicho, en su humilde cuchitril—



Tortura...



Jan Erik



— ¡Mi pobre Berta! —



Berta.



Pippo era el idolo de su alumnos.



Pippo.



— Muy lamentable
pero sólo es culpa suya.



— Ahí tiene, esta revista.



— ¿También tramposo?



— L. asegura que he
estudado



Otra vez Berta había bebido.



— Comprendo que el profesorado es tan difícil para algunos ...



— ¡Usted mató a Bertal!



— ¡No! ¡No puede ser!



— ¡Perdón, Willig íram



— ¡Yofoa he sido, ya no
he sido, ¡no, lo juro!

y más ahora, tratándose de su novia, Jan-Erik acudía con gran frecuencia y endulzaba las horas de esueto de que disponía la bella estanquera con preciosas melodías. Una exclamación de admiración y una sonrisa de agradecimiento premiaban siempre la actuación del estudiante.

—¡Me gustaría saber música!—suspiró cierto día después que Jan-Erik terminó una melodía.

—Ahora estoy contigo y sería una lástima perder el tiempo pensando en el latín y en «Calígula».

—No te acuerdes de ello—aconsejó Berta.

—No. Esta noche soy feliz y todo me es agradable. Hasta el aire que respiro. —Jan-Erik dió un profundo suspiro—. Oye, Berta, ¿qué te parece si nos fuéramos a dar un paseo para olvidar así la preocupación de «Calígula» y los dichosos exámenes? La noche con su serenidad invita a ello.

—Como gustes, pero antes de salir—dijo, mimosa, la estanquera— dime que me quieres un poquito. Me sentiría tan feliz que me olvidaría de todos mis sufrimientos pasados...

Jan-Erik no respondió con palabras: estrechó entre sus brazos a su novia y estampó en sus labios un largo y apasionado beso.

—Oye, Jan—dijo Berta, aun en los brazos del joven, al tiempo que miraba la bóveda celeste desde la ventana—. ¿Ves esa estrella que brilla en el cielo?

—¿Aquella que está colgada de un hilo invisible y que nos mira imperturbable?—preguntó Jan-Erik.

—Sí—asintió Berta, añadiendo mientras miraba fijamente al lucero con los ojos humedecidos por los recuerdos—. Esa estrella ha sido siempre mi única compañía. ¡Si tú supieras lo que he sufrido...!

—¡Cuánto mal te ha hecho la soledad en que has vivido!—compadeció Jan-Erik.

—A veces—contó Berta— iba al puente del ferrocarril y allí me pasaba horas mirando a los trenes que van hacia el Sur. No te rías, Jan-Erik, escucha. Presiento que un día haré un viaje largo... e iré muy lejos... hacia lo desconocido... con un som-

brero bonito y un vestido todo blanco. Si fuera ahora tú tendrías que acompañarme, ¿verría? Entonces esta ilusión cobraría vida...

Mientras así hablaba, su rostro resplandecía de felicidad; pero, bruscamente, una nube obscureció su semblante: había vuelto a su mente la atroz tortura de que era víctima. Jan-Erik, al ver la expresión pavorosa de su novia, le preguntó, angustiado:

—¿Qué tienes, Berta? ¿Por qué te torturas?

—¡Es demasiado! Esta pesadilla siempre...

—Pero... ¿es que no sabré nunca lo que te ocurre?

—No, Jan-Erik. No puedo decirlo. Es algo superior a mí. Vivo sobresaltada, sufro pesadillas que me martirizan —hizo una pequeña pausa y se tapó el rostro con las manos—. ¡Es horrible! ¡No me abandones! Tu cariño es lo único que podrá aliviarme de este martirio.

Después de este desahogo, y realizando un acto de voluntad, Berta se serenó:

—Dejemos esto—dijo a su novio—. Te serviré un poco de café. No te preocupes demasiado.



En poco tiempo estuvo listo el café. En tanto lo tomaban, Jan-Erik dijo:

—¿No sabes, Berta? Sandman es un filósofo de los que desprecian al mundo y odia a las mujeres. De mí piensa que soy un niño por no compartir su criterio. ¿Crees tú lo mismo?

—Hay circunstancias que, sin quererlo, nos hacen parecer odiosas.

—¿Te refieres a ti misma?—preguntó extrañado Jan-Erik.

—No es eso. Es que... a veces pienso que quizá yo misma pudiera encontrarme en un caso análogo.

Jan-Erik, pensando en que Berta escondía algo tras su afirmación de que pudiera ser considerada como mujer odiosa, preguntó:

—Dime la verdad. ¿Has querido a alguien?

—No—dijo Berta con un aire de vacilación.

—¿No?—interrogó dubitativo Jan-Erik.

—Claro que no. ¿Por qué iba a ocultártelo? Hasta ahora a nadie he querido... excepto a ti, Jan-Erik. Créeme, puedes estar seguro...

El sonido de la llamada del teléfono interrumpió a Berta. Jan-Erik, que estaba más cerca del aparato, descolgó el auricular.

—¿Diga?

—¿Berta, eres tú?—preguntaron desde el otro extremo del hilo.

—¿Quién es?—interrogó Jan-Erik.

—Dispense, me he equivocado—le contestaron al oír la voz de hombre.

—¿Quién llamaba?—preguntó Berta.

—Un hombre—contestó Jan-Erik—. Preguntaba por ti. Berta tembló. Su semblante denotó el terror que las palabras de su novio le habían producido.

—No, no lo creo—dijo, asustadísima—; no es verdad... mentes... no... no... mentes para asustarme. ¡Es terrible! ¡Terrible!

Sus labios trémulos se entreabrieron en un rictus amargo de desolación y sus ojos expresaron con una mirada de infinita desolación toda la tragedia de su situación. La invadía una infinita palidez; tal que sobresaltado, el joven lo interpeló:

—¡Berta! Dime quién es—ordenó Jan-Erik.

—No debes dejarme sola—imploró la muchacha—. No estés así. ¡Abrazame! Tienes que protegerme. Es preciso.

—Desde luego. ¿Pero de quién?

—¡Es un fantasma! ¡No le dejes entrar! ¡Tengo mucho miedo!

—No seas niña—dijo tranquilizador Jan-Erik—. No hay ningún fantasma:

—Yo siempre veo uno.

—Pues descuida, que yo sabré librarte de él.

—No podrás. El es más fuerte que nosotros, y es difícil... que puedas vencerle.

—Ya veremos —y viéndola ya más tranquila, le dijo—. Ahora piensa en mis exámenes.

—Sí. No debo perjudicarte.

—No he estudiado nada.

—Pues anda, vete.

—Tan pronto termine, volveré. Tranquilízate. Adiós.

* * *

Hondamente preocupado por el estado en que había dejado a Berta, Jan-Erik acudió a su casa tan pronto se lo permitieron sus estudios. Con gran consternación encontró a Berta horrorosamente transformada. El pequeño aposento de la muchacha había perdido el orden y la limpieza de los que había hecho gala los días pasados. Sobre una pequeña mesita había una botella de coñac casi vacía, y tendida en la cama se hallaba Berta, aturdida por el alcohol.

—¿Qué tienes, Berta?—preguntó Jan-Erik, impresionado por el cuadro que se ofrecía a su vista—. ¿Qué te ha ocurrido? Contesta. ¡Contéstame!

Berta miró sobresaltada a su novio sin contestarle.

—Dime —insistió Jan-Erik—. ¿Quién ha estado aquí? Contesta, por favor. No comprendes que es preciso que yo sepa... ¿Por qué has vuelto a beber? ¿Qué te obliga a ello? ¡Berta! Habla de una vez, criatura.

Berta quiso contestarle, pero se detuvo.

—Tienes que decirme lo — insistió nuevamente Jan-Erik—, sea lo que fuere. Contesta. ¿Qué ha sido? Mírame, Berta. Sabes que te quiero mucho, pero si alguien en tu vida influyó más que yo, entonces es preferible que terminemos. ¿No crees?

La joven quedóse por un momento pensativa. Luego, después de encogerse de hombros en un gesto supremo de soledad infinita, lo miró fijamente. El aguardaba anhelante sus palabras.

—Sí—respondió finalmente—. Quizá sea lo mejor. Tú no de-

bes sufrir por mí. Algo se interpone entre nosotros. Algo que influye en mi espíritu, que anula mi voluntad. ¡Es como un monstruo! —hizo una pequeña pausa para tomar aliento y prosiguió con voz entrecortada—: Me inculca ideas espantosas y me amenaza terriblemente; sin embargo, no puedo sustraerme a su perversion.

—Cree que todo esto no es más que una horrible pesadilla—le contestó Jan-Erik—. ¡Acabarás por volverme loco!

—Perdóneme, Jan-Erik—se excusó Berta.

—Yo no puedo hacer nada si tu voluntad se niega—dijo el estudiante, contagiándose de su desesperación—. Pero es absurdo—. ¡Desesperante!

—Tienes razón—aceptó Berta.

—Entonces —dijo Jan-Erik—. Atámbenos de una vez. Comprendo mi error. Aunque un poco tarde... sí, muy tarde.

Berta rompió en sollozos, ocultando su rostro en la almohada. Jan-Erik se marchó. Todo cuanto había podido hacer por ella lo había hecho. Muchas veces se vió precisado a estudiar durante la noche para poder atender a la infeliz muchacha durante el día los últimos tiempos, y ya muy próximos los exámenes, el esfuerzo había sido aún mayor: pocas horas de sueño, muchas de estudio y más aún de preocupaciones. Estaba agotado y se consideraba incapaz de luchar contra lo desconocido, contra lo que Berta ocultaba. Si al menos su novia le hubiese revelado el secreto de su tortura, él habría sabido a qué atenerse y adonde dirigir sus armas. Por esta causa había roto con Berta y no por cobardía. Había sido vencido por la crueldad del destino.

HORAS DE UN CURSO ESCOLAR

—¡Todavía nos queda una semana más!—comentó uno de los alumnos del curso de Jan-Erik antes de que comenzara la clase de latín—. ¡Esto resulta interminable!

—¡Qué temperatura! ¡Acaba con uno! —se quejó Petterson, y añadió—. Muchachos, ¿no os parece que estoy adelgazando?

Petterson tenía razón: a medida que la estación avanzaba, el calor se iba haciendo insoportable. Ni siquiera con las ventanas abiertas y en mangas de camisa se podía aguantar el horrible bochorno.

—¡Ya lo creo!—le contestó—. ¡Cómo que vas a poder dormir encima de un alambre!

Todos rieron el comentario hecho por el simpático muchacho.

—Además de adelgazar—dijo otro alumno—, con este calor se te hincha la cabeza y no te entra ni el sombrero.

—Y toda la ciencia se te evapora—añadió Petterson.

—Como que es absurdo el texto de estos libros—opinó Sandman—. Vienen escritos como para que te obsequien con un suspenso.

—¡Ya está aquí nuestro verdugo!—advirtió un alumno que había visto venir a «Calligula».

—No parece normal—dijo a Petterson su compañero de pupitre.

—¿Normal? ¿Te lo ha parecido alguna vez?—le preguntó sarcónico, éste.

La entrada de «Calígula» en la clase hizo callar a todos los alumnos.

—¿Falta alguno?—preguntó el profesor, según era su costumbre antes de empezar la clase.

—No, señor—le contestaron.

—Esta bien—asintió y, viendo que todos estaban en mangas de camisa, dado el calor extremado, ordenó con inusitada furia—: ¡Pónganse las chaquetas! Y usted, Sandman, ¡cierre las ventanas!

Todos le miraron asustados: ésa sí que era una acción digna de él. Un gusanillo de rebelión picó a los alumnos, pero el pensamiento de que ya solo quedaban pocos días para aguantar a ese energúmeno, les hizo acatar la orden sin protesta.

—Señor Widgren—ordenó cuando hubieron cerrado las ventanas—: Empiece usted con la traducción.

—Lo siento, señor profesor, no he podido estudiar.

—¿Cómo dice? — preguntó «Calígula», creyendo no haber oído bien.

—No tuve tiempo—respondió Jan-Erik, con sencillez.

—¿Es un pretexto...?

—No, señor—negó el alumno—: me pasé toda la noche estudiando historia.

El rostro de «Calígula» era digno de un detenido estudio. Poco a poco adoptó una peligrosa suavidad.

—¿Ah, sí? — preguntó con ironía— Y no pudo estudiar, ¡claro! Bien, ¿no le parece un poco ingenua la explicación que me ha dado?

—Estudio cuanto puedo—habló firmemente Widgren.

—Su indisciplina entorpece su misión—dijo con gesto agrio el profesor, mientras se acercaba con actitud amenazadora a Jan-Erik. Su cara había sombreado y sus ojos, fríos como el acero, brillaban detrás de sus lentes.

—Lo siento—se lamentó el muchacho—. No es ese mi propósito.

—No parece que el señor Widgren tenga muchas ganas de estudiar—dijo «Calígula» y, dirigiéndose a los demás alumnos, preguntó—. ¿Habrá alguno más que no haya tenido tiempo de estudiar?

Nadie respondió. Todos estaban asustados y a la expectativa ante el acontecimiento.

—¿Lo ve, señor Widgren? Es usted el único que no ha estudiado.

—Ya lo he dicho antes—contestó un tanto molesto Jan Erik por la insistencia del profesor—. He estudiado.

—Pero no el latín—atajó «Calígula»—. Y es una lástima, porque yo no puedo tolerar a los holgazanes. Llegaremos a los exámenes y usted no podrá recuperar en el tiempo que falta todo lo perdido—después de una pausa, añadió—. ¿Y sabe lo que pienso? Que tendrá usted una nota muy mala en latín. Creo, además, que usted es muy torpe, amigo mío, y que el estudio no está hecho para usted. No es cosa fácil. Desista de ello. Desista—repitió, deleitándose en la pronunciación de esta última palabra. Los ojos brillaban ahora burlones, con un fulgor de malicia satifecha.

Después de esta perorata «Calígula» no se ocupó más de Jan Erik Widgren e hizo proseguir la clase hasta que terminó y comenzó la de literatura. «Pippo», que era el profesor correspondiente a esta asignatura, entró sonriente en clase. Se sentó en su mesa y, sacando de su bolsillo un pequeño juguete mecánico, dijo a los alumnos:

—Un caballereite, dándoselas de gracioso, me puso en el bolsillo este pajarito, sin pensar en que de aquí en adelante será él quien me cuente vuestras travesuras. Vamos a ver—preguntó al pajarito—. ¿qué está haciendo en este momento el señor Sandman? Vaya, vaya—dijo, como si el avecilla le hubiese contestado—. Me ha dicho que está leyendo un texto griego. Vamos, Sandman, cierre el libro y no estudie durante mi clase la lección de la siguiente. Y, sobre todo, no crea que soy tan tonto como

para no advertirlo. ¡Caramba!—añadió con simpática seriedad—. ¡Esto sí que tiene gracia! ¡No faltaba más!

«Pippo» hizo una pausa en tanto sacaba de su carpeta los ejercicios de redacción de los alumnos.

—Vamos a ver, muchachos—dijo—, entre los temas presentados por ustedes... — se interrumpió y, agobiado por el terrible calor que hacía, ordenó—: ¡Abran las ventanas! Y quítense las chaquetas si quieren. ¡Hace un calor insostenible! ¡No sé cómo pueden estar ustedes así!

Los alumnos cumplieron agradecidos la orden del viejo profesor— Entre los temas presentados por ustedes — prosiguió — para el examen escrito, destaca uno, del señor Petterson, magnífico de estilo. Oigan, oigan ustedes lo que ha escrito: «La población de Laponia es nómada y no permanece mucho tiempo en un determinado lugar.» Pero —añadió cogiendo otro ejercicio— oigan también lo que escribe el señor Sandman. Es bastante más atrevido y se bate enérgicamente en el tema libre, nada menos que con Maupasant y Zola. Ha escrito...

Mientras decía estas palabras, el viejo profesor había observado que Jan-Erik ocultaba su rostro entre las manos, con indudable síntoma de agotamiento. La depresión había sido superior a sus fuerzas.

—Señor Widgren—le dijo—. ¿Qué le sucede?

—No me encuentro bien—respondió el muchacho—. ¿Puedo retirarme?

—¡Bah! No será nada... pero, márchese a su casa. Márchese. Jan-Erik dió las gracias y se retiró.

¿Qué diferencia existía entre los dos profesores! Más se acentuaba todavía por poseer ambos en grado superlativo sus respectivas cualidades. «Pippo» personificaba la bondad, la comprensión y el amor a sus discípulos. «Callgula», la perversión, la incomprensión y un odio que debía abarcar a toda la humanidad. ¡Cuán distinta había sido la forma de proceder de ambos con respecto a los alumnos aquella mañana! «Callgula», con terrible sadismo, los había torturado, y frente a Jan-Erik se ensañó con inusitada crueldad. «Pippo», por el contrario, había tratado a los estudian-

tes con cariño, y si reprendió a alguno lo había hecho sin necesidad de recurrir a palabras violentas. Cualquiera amonestación de «Caligula» a sus alumnos servía para aumentar la aversión que por él sentían, en tanto que las cariñosas advertencias de «Pippo» inducían siempre a los alumnos a mejorar su conducta.

No cabía la menor duda: «Pippo» era un ángel; «Caligula», un demonio.



Los padres de Jan-Erik sufrieron la natural alarma al ver llegar a su hijo enfermo. Rápidamente avisaron al doctor Nilson, médico de cabecera de la familia y que gozaba de gran prestigio en la ciudad de Helsingborg.

Hizo un breve examen para que el facultativo apreciase en Jan-Erik síntomas de anemia y agotamiento, y cuando hubieron salido de la habitación del muchacho, así se lo dijo a su padre.

—No comprendo, doctor—le contestó el señor Widgren—ese agotamiento que usted aprecia en mi hijo, pues en los últimos tiempos apenas si estudiaba.

—No, no son los estudios, no señor—dijo el doctor Nilson—. Yo veo otra cosa en este proceso —hizo una pausa y preguntó—: ¿Sabe usted, señor Widgren, si su hijo demostraba últimamente estar nervioso y preocupado?

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Nada. No se alarme — tranquilizó el doctor—. Pero la ciencia ve en esto algo más que el cansancio físico del estudio. Es una edad peligrosa y el sistema nervioso en estos casos suele darnos mucho que hacer a los médicos —se detuvo y enumeró los síntomas que presentaba el muchacho—. Tórax hundido, mirada triste: ciertamente, principio de anemia; todo ello fruto de una vida anormal. Y lo peor es que en estas cosas suelen tener mucha culpa ustedes, los padres. Bien que los chicos aprendan, pero ¡cuidado! «*Mens sana in corpore sano!*» Los temas —añadió, refiriéndose a los estudios escolares— son cada día mucho más difíciles que en mis tiempos. Y algunos profesores, desgraciada.

mente, emplean un sistema de enseñanza con el que no estoy de acuerdo. Créame, señor Widgren, si los chicos se metieran en la cabeza todo lo que les enseñan, no tendríamos manicomios suficientes para ellos. Pero no me haga mucho caso, quizás sean consideraciones de un viejo médico con algunas manías.

—Los estudiantes estarán encantados con esa teoría que para ellos resulta magnífica—opinó el señor Widgren.

—Es lástima que los profesores no la compartan—prosiguió el doctor en sus consideraciones—. Pero con ello se evitaría el caso desagradable de los chicos que recurren al engaño antes que reventar.

—A pesar de todo si no estudian...

—Sí, claro. Desde luego—repuso el doctor—. Ahora que ya dudo de la eficacia de algunos métodos de enseñanza. Pero en fin—añadió, poniendo término a su conversación—, ocúpese del muchacho. Déjele dos o tres días en la cama y que descanse. Al chico le vendrá muy bien a condición de que no se acuerde de sus profesores. Bueno, señor Widgren — dijo, despidiéndose—, adiós.

—Adiós, doctor—contestó el padre de Jan-Erik acompañándole hasta la puerta.

El prestigio que profesionalmente gozaba el doctor Nilson era más que merecido. Había bastado un breve examen para diagnosticar y descubrir las causas del mal que sufría Jan-Erik. Sin conocer la existencia de «Caligula», la aguda penetración de su inteligencia, había comprendido que el estado del muchacho se debía, más que a nada, a la depresión nerviosa producida por un torturador sistema de enseñanza impuesto por un severo profesor.

Jan-Erik, después de haber sido reconocido por el doctor quedó solo en la habitación. El agotamiento que tenía comenzó a sumirle en un profundo sopor y en este estado semi-inconsciente comenzó a soñar con una horrible pesadilla, rama de las ideas que le habían obsesionado en los últimos días.

Apareció ante él un punto luminoso, rodeado de círculos concéntricos en constante movimiento giratorio, que poco a poco iba aumentando y haciendo estallar a los círculos que impedían

su crecimiento. A medida que este punto crecía, adquiría la forma de cabeza humana, cabeza cuya cara pertenecía a su profesor de latín. Vió el gesto sardónico de «Calígula», el mismo gesto que tantas veces le impresionara, y oyó una voz severa que, como si se hubiese pronunciado en una caja de resonancia, le decía:

—Es usted perezoso y terco. Dos malas cualidades. Tendré que ponerle una mala nota en latín.

Nada más pronunciar esas palabras, la horrible cabeza giró sobre sí misma, dando media vuelta, mostrando, en lugar de la nuca de «Calígula», el rostro horrorizado de Berta. Vió que sus labios se movían y oyó una estridente voz:

—Me inculca ideas espantosas. Es un monstruo. Me amenaza terriblemente y no puedo sustraerme a su influencia. ¡Me matará!

—¡Me matará! ¡Me matará—machacaba en su cerebro el eco de las palabras de Berta.

Su pesadilla le hizo dar un grito de angustia, grito que alarmó a su madre, haciéndole entrar presurosa en su habitación.

—¡Jan, hijo mío! ¿Qué te ocurre?—le dijo, y viéndote que estaba padeciendo una pesadilla le tranquilizó—. Cálmate.

—Mamá, mamá... —balbuceó Jan-Erik despertándose.

—Hijo de mi corazón—le dijo su madre abrazándole.

VISION DE MUERTE

El doctor Nilson había encontrado a Jan-Erik en estado de franca mejoría. El reposo a que el joven se había visto sometido, así como la tranquilidad de ánimo que había logrado encontrar en aquellos días de convalecencia transcurridos plácidamente, habían hecho que aquel rostro, antes macilento y atormentado, recobrase los colores propios de una vida sana y un alma llena de buenas intenciones.

Aquella mañana se había levantado por primera vez desde que cayó enfermo, y siguiendo las indicaciones de su dulce madre había ido a dar un paseo por el parque público. Inconscientemente sus pasos se dirigieron al Instituto. La ruta recorrida tan a menudo, cada día, le llevaba sin darse cuenta por aquella calle. De pronto salió de su ensimismamiento, dándose cuenta que estaba frente al centro docente, y a pocos pasos también de la tiendecita de Berta. Iba a lanzar un suspiro ante la multitud de recuerdos que tralan a su mente ambas imágenes, pero en aquel momento sintió en el cogote la rara impresión que da el ser vigilado. Volvióse lentamente y un escalofrío de sobresalto corrió por todo su ser. «Calígula», el odiado profesor de latín estaba junto a él, a su espalda. Una sonrisa torpemente sardónica iluminaba su acica-

lado rostro, mientras sus ojos vigilantes, cual los de un ave de rapiña se clavaban en él con cierto placer malévolos.

El profesor le miró fija y cruelmente durante un momento que a Widgren se le antojó una eternidad. La horrorosa sonrisa de sus labios pareció acentuarse en un rictus infernalmente sarcástico. A pesar de su reconocido valor Jan-Erik comprendió que si aquel instante se prolongaba desfallecería allí mismo. El mismo profesor, como gozándose del terror que inspiraba al joven, fué el que interrumpió el hechizo con voz melosa:

—Vaya, vaya, señor Widgren, le veo levantado y no se ha dignado siquiera asistir a clase de latín. Esto, naturalmente, influirá en su nota final.

Sin aguardar siquiera la disculpa o las razones de Jan-Erik pasó ante él, mientras sus ojos brillaban de vil alegría, de haber encontrado a un alumno en falta aparente. Jan-Erik quedó anonadado y petrificado. Vió como se alejaba el profesor con su típico paso y tomaba por una de las callejuelas limitrofes al Instituto y que él conocía sobradamente por estar enclavado en ella el domicilio de Berta. Abatido, dejóse caer en un banco público y se cubrió el rostro con las manos. Comprendió, después de un buen rato, que acabaría por volverse loco, y su voluntad sería un triste guiñapo de seguir dando importancia a «Calligula». Jan-Erik era aun muy joven para saber de psicopatías, monstruosidades humanas, de taras y sadismo, pero veía que de todo un poco de aquello se albergaba en el profesor. Y en medio de encontrados pensamientos y un torbellino de ideas, se juró a sí mismo vencerse y tener la suficiente fuerza de voluntad para sobreponerse a una naturaleza morbosa y enferma que acabaría por dominarle y volverle loco sino sabía poner en seguida remedio.

¡Volverle loco! Un rayo de luz iluminó su mente. Berta se estaba volviendo loca. Mejor dicho, la estaban volviendo loca... Pero no era demasiado monstruoso lo que estaba pensando... ¡No podía ser!... ¡No puede ser!... ¡No puede ser!... ¡No puede ser!

Intentaba convencerse de lo contrario que desde un momento martilleaba en su mente, en sus sienes, en su corazón, en todo su ser. ¿Luego?...

En un paroxismo de imágenes turbulentas, cada vez más claras y nítidas aparecieron, primero su imagen zafandeando a Berta para que le confesase quién era su misterioso visitante y atormentador. Luego se presentaba ante sus desorbitadas pupilas el rostro del profesor con su odiosa sonrisa y sus ojos entornados cual dos ranuras en el acero, mirándoles irónicamente. Veía nuevamente al profesor, a «Calígula», y a Berta convertida en una mujer atemorizada, que en sus momentos álgidos de terror llegaba a un histerismo morboso y enervador. ¿Existía alguna relación entre ellos?

—¡Sí!—le gritó una voz desde su interior—. ¿Cómo te explicas, sino, el haberte encontrado a tu profesor cerca de la casa de Berta? ¿Y cómo te explicas también que se marchara en dirección a ella?

Jan-Erik, impulsado por esta voz, se levantó y comenzó a caminar.

—Sí, es «Calígula»—continuó, inexorable la misteriosa voz que llegaba hasta él—. Es «Calígula» quien le torturaba, como tortura a los estudiantes del Instituto. No comprendes que de haber sido otro hombre, Berta te lo hubiese dicho; pero, sin embargo, tratándose de tu profesor, no te lo quiso decir, para evitar con ello que te pusieses en frente de él y resultaras perjudicado en tus estudios. ¡Corre, Jan-Erik, corre y salva a tu novia que está en peligro de enloquecer de miedo ante el horror que se cierne ante ella y de dolor al verse abandonada por ti, el único hombre a quien quiso y que la comprendió! ¡Salva a la mujer que prefirió vivir en continuo sufrimiento antes que arruinar tu carrera! ¡Corre, Jan-Erik!

El muchacho obedeció al mandato de la voz y corrió en dirección a la casa de Berta. De tres en tres subió los peldaños, llegando jadeante al aposento de la muchacha. Empujó la puerta y entró en la habitación.

Horrible, espantosamente horrible fué el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Tumbada en la cama y con medio cuerpo fuera, yacía Berta. Que la muerte acababa de segar su existencia no

cabía la menor duda. Las ropas en desorden, la cara desencajada, sólo faltaba la sangre para hacer más horripilante aquella escena.

Jan-Erik se acercó presuroso a ella y cayendo de rodillas apenas pudo musitar:

—Berta, Berta...

Cogió su rostro entre sus manos y contempló sus desorbitados ojos. Había en ellos una doble expresión. Expresión de angustia —como si momentos antes de morir hubiese sido dominada por el pánico— la una, y la otra —que quizá hubiese podido escapar al más atento observador— era una expresión radiante, que iluminaba su rostro con un resplandor de paz y felicidad, dos cosas que la infortunada muchacha había perdido hacía muchísimo tiempo y que seguramente ahora acababa de alcanzar en el cielo.

La contemplación de esta expresión hizo que cediera en Jan-Erik la horrible impresión que le produjera la muerte de la pobre estanquera.

Algo repuesto como ya estaba del susto que recibiera, su mente le hizo recordar el motivo que le había llevado hasta allí: salvar a Berta de las garras del odiado «Caligula».

—Salvar a Berta—se dijo—es ya imposible, pero a ese canalla no le salvará nadie. ¡Maldito criminal!

Se incorporó y su mirada recorrió febrilmente la estancia que pobremente iluminada y ante aquel cuadro tétrico parecía arrancada de una novela de Dostoyewski. Mientras él había subido las escaleras no había visto bajar a nadie. «Caligula», por tanto, no tenía más remedio que estar escondido en la habitación.

Efectivamente: allí estaba. Acababa de ver asomar sus pies entre la ropa colgada del perchero que había en la entrada. Con paso decidido se dirigió a él y descolgó enérgicamente uno de los abrigos tras el que se ocultaba.

En el rincón acurrucado, ocupando un despreciable espacio, estaba el profesor de latín pálido y desencajado el rostro. Al ser descubierto entre el montón de ropas por la mano de Widgren, las suyas se crisparon frenéticamente, y en un arranque de escabroso histerismo se alzaron ante él, mientras el miedo fulgu-

reba con temblorosa luz en sus ojos que, inyectados de sangre, no sabían más que de desesperación.

Jan-Erik le miró despectivamente y viéndole tan asustado no quiso ensañarse con él. Que su profesor era un cobarde lo acababa de demostrar con su actitud, y un cobarde sólo merece desprecio, desprecio que exteriorizó Jan-Erik volviéndole la espalda y marchándose del aposento con intención de poner todo lo ocurrido inmediatamente en conocimiento de la policía.

«Caligula», adivinando el propósito de su alumno, se dirigió hacia él, tratando de alcanzarle y detenerle, mas viendo que no lo conseguía, gritó con voz que vibraba en un frenético paroxismo a fin de que Jan-Erik pudiera oírle:

— ¡Deténgase, Widgren! ¡Yo no he sido! ¡Lo juro!

Pero como nada consiguiera llamando al muchacho, resolvió anticipársele y avisar él a la policía, para que esta anticipación quitara peso a la denuncia que en contra suya pudiera presentar Jan-Erik.



A causa de la acusación que del hecho había presentado «Caligula», la policía le obligó a permanecer detenido en tanto se comprobaran y analizaran los hechos que acababa de referir, cosa que le hizo arrepentirse de haber dado ese paso en falso, ya que, además, no se habían confirmado sus temores, y Jan-Erik no había presentado ninguna acusación en contra suya.

—Yo no he sido — decía suplicante al Comisario mientras aguardaba en su despacho la resolución de las autoridades—. Yo no tengo la culpa.

El inspector le miró de soslayo, rápidamente, y al ver el aspecto francamente mísero del «pobre» hombre trató de darle ánimos:

—Bueno, bueno, cálmese, señor profesor—le tranquilizó el Comisario—. Pero siento no poder dejarle en libertad hasta que

el médico haya certificado la causa de la muerte de esa desdichada criatura.

—Señor Comisario—implicó «Calígula»—. Attiéndame y verá que yo no soy un criminal. Le aseguro a usted que soy inocente de esa muerte.

—Calma, calma—le dijo el Comisario, viéndole tan excitado—. Se trata sólo de cumplir una formalidad. Ande, beba un vaso de agua y tranquilícese.

El Comisario, uniendo la acción a la palabra, ofreció a «Calígula» un vaso de agua, y añadió al paso que señalaba a un amplio sofá que había en uno de los extremos del despacho.

—Venga, venga usted aquí a descansar un poco.

—Gracias—repuso «Calígula»—. Estoy enfermo y lo necesito. Yo soy ajeno a todo esto que ha ocurrido, señor Comisario.

—Así lo espero—dijo lacónica el policía, ya un tanto molesto por la actitud suplicante del profesor, pues ya le estaba cargando bastante dar tanta importancia a un hecho, que su mente, de poco más de jefe de policía rural no veía complicaciones ni entendía de ellas.

Cualquiera que hubiese conocido al temido profesor y le hubiese visto en aquellos momentos no le hubiera reconocido. Tal vez su excesiva maldad y su crueldad sin límites para con los débiles, nació del horrible miedo que un acontecimiento superior y contrario a él le inspiraba; pero el caso es que «Calígula» en aquellos instantes se hallaba poseído por un verdadero pánico, pánico que además de humillarle, le hacía perder la apostura y el empaque que, orgulloso, siempre hacía gala, y que los compañeros jóvenes de su profesión le envidiaban en silencio.

—Hágase usted cargo—prosiguió el profesor en sus disculpas—. Estoy enfermo. Muy enfermo. No debe asustarme.

—No se excite, profesor, serénese. No tardaré en recibir noticias y podré dejarle en libertad.

Pocos segundos después, y conforme había previsto el Comisario, llamaron al teléfono: era el médico encargado de la investigación, que le llamaba para darle cuenta de su gestión.

—Está todo claro—afirmó el doctor, después de saludarle—.

Se trataba de una mujer débil y mal alimentada. Sin duda, alguna lesión cardíaca, que le ha producido, en cierto momento, la parálisis del corazón, causa de su muerte. Debió llevar una vida agitada e inquieta, bastando tan sólo una fuerte impresión para que sobreviniera esa parálisis. Por todo ello, señor Comisario, creo que puede dejar en libertad a ese profesor asustado, y si acaso lo necesitamos para algún interrogatorio podríamos dar en seguida con él, pues vive en la ciudad. Bueno, señor Comisario, adiós.

El policía, tras de agradecer al médico su informe, cogió al auricular y dijo a «Calígula»:

—Puede marcharse ya. Está usted libre.

No asomó a los labios del profesor una sonrisa de alegría, tampoco brotaron palabras de agradecimiento. Únicamente se pudo observar que de un golpe todo su orgullo volvió a él con los colores de su cara; al ver que de nada se le acusaba y que nada se sospechaba, el peso enorme que tenía con el temor al castigo se le despojó instantáneamente. Un gesto de ira contrajo su rostro: sentía una horrible rabia por haberse tenido que humillar ante el Comisario.

—Disculpeme —se excusó el policía, notando el gesto airado del profesor—. Pero estamos obligados a proceder así.

—Adiós, señor Comisario—dijo un tanto desabrido «Calígula», volviéndole la espalda y marchándose de la Comisaría.

De esta manera, el depravado profesor de latín se vió libre de cualquier cargo en contra suya. El médico encargado de la investigación de las causas de la muerte de Berta había pronunciado su dictamen que, sin ser equivocado, había sido incompleto, pues faltaba la parte más importante: la participación criminal de «Calígula» en la muerte de la estanquera, con la vida de disipación a que le había llevado.

«Calígula» no había utilizado armas ni venenos, tampoco había empleado otros medios vulgares y fáciles de descubrir por la policía. «Calígula» había sido mucho más refinado. Prefirió el despiadado medio de la tortura mental. Implacable en su sadismo, día tras día, martirizó a Berta con su horrible coacción, y aprovechándose de la maligna fascinación que ejercía en la joven,

minando poco a poco su salud para conseguir debilitar su voluntad y poder dominarla. Ya dijimos al principio que, aunque a su modo, «Calígula» amaba a Berta. Y ese amor morboso —como todo sentimiento psíquico del profesor— le había impulsado a someter a la desgraciada muchacha a un criminal y continuo tormento para conseguir, por este escabroso camino el dominio y la total sumisión de su mente. Quería ser su único amor, su ídolo y, sintiéndose viejo para alcanzar el éxito codiciado, no había encontrado mejor sistema que el intimidarla y asustarla para evitar que alguien se la arrebatara. Y fué a causa de este cotidiano suplicio por lo que la salud de Berta cedió y la muerte segó su existencia.

Pero todo esto a «Calígula» le tenía sin cuidado. Había eludido a la justicia y se sentía satisfecho por ello. En su interior despreciaba y se reía de los que no habían sabido adivinar su culpabilidad.

Pero si la justicia de los hombres se había equivocado, no así la justicia divina, que había firmado su sentencia. Todo malvado sufre su castigo, y el de «Calígula» estaba próximo a cumplirse. Dios castiga sin piedra ni mano.

JUSTOS POR PECADORES

«Caligula» temía que llegase hasta el Rector del Instituto la noticia de que al ocurrir la muerte de la estanquera se encontraba él en su casa, y —descando prevenir más que curar— antes de que su superior le emplazara para una justificación de su conducta para con la muchacha —la severidad de los estatutos de aquel centro docente exigía en los profesores un comportamiento intachable aun en la vida privada—, decidió astutamente tergiversar los hechos de tal forma, que le presentasen libre de toda mancha.

Pero no fué sólo astuto en esta ocasión «Caligula», llegó hasta la vileza y así, al paso que él se justificaba, acusó a Jan-Erik con la más ignominiosa difamación, dejando entrever de una manera oscura y que se prestaba a ambigüas interpretaciones, la relación amistosa entre el joven y la finada Berta. No regateó medio... para conseguir que le expulsaran del colegio. Siempre tuvo un odio mortal hacia el muchacho, pero desde que descubrió las relaciones que le unían a Berta, a su odio se sumó la saña y a la saña su sadismo.

Muy ajeno a todas estas maquinaciones se hallaba Jan-Erik, por ello, y cuando poco después de terminar sus exámenes fué llamado al despacho del Rector, su sorpresa no tuvo límites.

No sin cierto temor se dirigió al despacho. Pocas veces el Rector llamaba a un alumno; unas eran para felicitarle por cualquier motivo, tal como una buena puntuación en los exámenes —cosa que Jan-Erik descartaba, pues acababa de examinarse y aun no habían repartido las notas—, y las otras —las más— para amonestar al alumno por alguna falta cometida —y era precisamente esto lo que Widgren temía—. Sin embargo, la verdadera causa por la que el Rector le había llamado era para obtener de él la confirmación de la acusación presentada en contra suya por «Caligula».

—Comprendo lo desagradable del trance, Widgren —le empezó diciendo el Rector cuando estuvo en su presencia—; pero su profesor de latín ha venido a acusarle gravemente. He tomado nota de sus acusaciones y le ruego que me diga si están debidamente justificadas...

Jan-Erik, un tanto desconcertado por las palabras del Rector, no supo qué contestar. No sabía exactamente el terreno que pisaba y hasta dónde había llevado el odio a «Caligula». Por lo que decidió permanecer callado en lo posible, procurando no dar ningún paso en falso.

—Síntese, síntese —invitó amablemente el Rector, viendo su azoramiento—. Hace unos días —le explicó—, el profesor de latín le encontró con la señorita Berta Olsson, que trabajaba en el estanco de enfrente. Sabiendo que su reputación no era buena, más bien lo contrario, la visitó entonces para persuadirla de que concluyera con usted unas relaciones que perjudicaban sus estudios —hizo una pequeña pausa y prosiguió—. Ella, al parecer, lo tomó en broma al principio. Luego, se exaltó, y como su estado de embriaguez era bastante deplorable, llegó hasta el insulto. Ella seguía bebiendo coñac, cuando de pronto llevóse las manos al corazón y cayó muerta...

No cabía la menor duda de que «Caligula» había demostrado poseer astucia en la invención de la falsedad que ahora el Rector refería a Widgren.

—Parece ser —añadió— que poco después llegó usted y,

viendo a la muchacha muerta, acusó a su profesor de haberla matado. Veamos, ¿es cierto todo esto, Widgren?

—Pero yo no le acusé de nada, señor Rector —se excusó Jan-Erik.

—Eso tendrá que demostrarlo.

—Yo... no lo niego. Tuve amistad con la muchacha. Y es verdad, pero no pasó nada más que esa amistad. Su vida anormal... Tenía una especie de manía persecutoria... algo justificada.

—Pues esta circunstancia es de por sí bastante grave, y constituye un motivo, más que suficiente, para expulsarle del Colegio. ¿Comprende?

—Lo sé; pero ya nada puedo hacer—se lamentó Jan-Erik.

—Está bien, Widgren; pero concretemos. Me gustaría saber si todo lo demás es cierto. Me refiero a lo que ha sucedido —dijo el Rector que dudaba de la veracidad de cuanto había referido «Calígula».

—¡Ah, ya!—exclamó Jan-Erik—. ¡Es que el señor Rector no está convencido!

—Limitese a contestar categóricamente a mi pregunta—respondió el Rector un tanto molesto por las palabras de Widgren—. Y déjese de hacer deducciones particulares.

Jan-Erik, que acababa de ver la vacilación del Rector, quiso aprovecharla y luchar en contra de «Calígula» y, con decisión y firmeza, preguntó a su superior:

—¿Puede usted solicitar a la persona que me acusa que ratifique en mi presencia los cargos que me imputa?

—No, señor—respondió el Rector, algo irritado por la pretensión del alumno, si bien su espíritu recto y justo le hizo en seguida cambiar de opinión y decir—. Pero espere un momento, Widgren, voy a complacerle.

Llamó a uno de los bedeles del Instituto y le ordenó que avisara al profesor de latín para que acudiese a su despacho. A los pocos minutos hizo su aparición «Calígula» y el Rector le dijo:

—Señor profesor, me gustaría saber si la denuncia que ha presentado usted en contra del señor Widgren, puede ser rati-

ficada bajo juramento. El interesado—dijo, señalando a Jan-Erik—me ha rogado que le pregunte esto en su presencia.

—¿Qué motivos tendría yo para mentir?—dijo, fingiendo inocencia el malvado profesor—. Es posible que mis afirmaciones no puedan ser comprobadas, cierto. Pero a la acusación que en contra mía hizo, no es a lo que le doy importancia. Únicamente son motivos pedagógicos los que me inducen a sugerir ahora la expulsión del señor Widgren.

—Bien—contestó el Rector—. Pero en este caso, ¿no podríamos evitar el disgusto a los padres de Widgren?

Jan-Erik, que había estado callado desde que entró «Calígula», terció enérgico en la conversación.

—Yo sé muy bien que su rencor no obedece a motivos pedagógicos—se detuvo y señalándole con el dedo le acusó furibundo— ¡Usted mató a Berta!

—¡Repórtese, Widgren!—reconvino el Rector—. ¡Se lo ordeno!

—¡Estoy seguro!—prosiguió acusador Jan-Erik sin hacer caso de las palabras del Rector—. ¡Destrozó su vida! La hacía beber... y la torturaba como nos tortura a todos nosotros.

—Señor Rector—se defendió «Calígula»—. ¡Esto es falso!

—¡Estoy diciendo la verdad!—continuó inexorable Widgren, y dirigiéndose al Rector dijo—: Y si me expulsa usted, a ese canalla tendría que expulsarle cien veces.

—¡Widgren, repórtese!—ordenó el Rector.

—¡Monstruo! ¡Viejo pervertido!—Jan-Erik, acalorado, insultó a su profesor.

—¡Ya está bien, Widgren!—cortó el Rector—. Salga y aguarde tranquilo hasta que le llame otra vez.

Jan-Erik obedeció la orden de su superior. Se dirigió hacia la puerta, pero al cruzar ante «Calígula»...

Al cruzar ante «Calígula» vió unos ojos que le miraban burlescos tras unas gafas, demostrando su regodeo por la derrota que acababa de experimentar. Ni que decir tiene que esta mirada fué la cerilla que prendió el barril de pólvora que Jan-Erik llevaba en su interior, y la expresión de ese cargamento de cólera hizo que

los puños del muchacho se crisparan y, rápidos y poderosos, se estrellaran contra la cara del indeseable profesor, haciéndola rodar por el suelo.

—¡Widgren! ¡Widgren! — gritó el Rector, interponiéndose para evitar que Jan-Erik se ensañase con el profesor, que estaba maltrecho en el suelo—. ¿Está loco? ¡Quieto! Esto es intolerable. ¡Es faltarme al respeto! ¡Márchese!

Jan-Erik, más sereno por el desahogo que acababa de tener, obedeció y se marchó.

—Me gustaría saber — dijo el Rector nada más marcharse Widgren, y en tanto ayudaba a «Caligula» a levantarse — quién de los dos tuvo mayor culpa en todo esto.

—¿Qué quiere decir? — preguntó el profesor, extrañado.

—No sé — dijo dubitativo el Rector—. No sé si estaremos cometiendo una injusticia, profesor. Pero creo que hay un remedio: le ruego que retire su solicitud de expulsión.

—De ningún modo — dijo desabrido «Caligula»: la sola idea de perdonar a quien acaba de humiliarlo le había hecho enfurecerse más aún de lo que estaba.

—Piénselo bien — aconsejó sensato el Rector—. Sobre su conciencia pesará el haber arruinado el porvenir de este muchacho.

—¡Bah! — contestó «Caligula», despectivo—. No se pierde gran cosa.

De esta forma, Jan-Erik fué expulsado del Instituto. El único inocente en todo lo ocurrido, había sufrido las peores consecuencias, en tanto que «Caligula» — aunque con la cara hinchada — continuaba firme en su pedestal.

Habían pagado justos por pecadores.



La noticia de la expulsión de Jan-Erik fué acogida con verdadero disgusto por su familia; más, considerando que por ser al final del curso había tirado un año de estudios por la ventana. Esto, sumado al deshonoroso precedente que en su vida escolar

significaba el haber sido expulsado de un Instituto, aumentaba aún más el disgusto de sus padres.

—¡Qué vergüenza! ¡Dios mío, qué vergüenza!—no cesaba de repetir el señor Widgren—. ¡Expulsado del Colegio!

—Pero hijo mío—dijo su madre. ¿Cómo has podido dar lugar a ello?

—Yo no sé cómo explicaros...—balbuceó Jan-Erik.

—¿No sabes cómo explicarlo!—bramó el padre—. ¿Es esto todo lo que se te ocurre?

—Juzgadme como queráis—dijo Jan-Erik, encogiéndose de hombros y abrumado en hondo pesar. Es el destino...

—Has podido ahorrarnos este disgusto—reconvino el padre—. Creíamos que tú... pero nos hemos equivocado.

El padre de Jan-Erik hubiese querido decir que había confiado en que su hijo alcanzaría las mejores notas de la clase, pero se calló; sus esperanzas habían sido vanas.

—Puedes decir lo que piensas—contestó Jan-Erik a su padre—. Creiais estar orgullosos de mí, ¿no es eso?

—Será mejor no hablar de ello por ahora—repuso el padre—. Tiempo habrá para arreglarlo.

—No—dijo Jan-Erik con voz plena de pasión, aunque su estado de ánimo disculpaba esta exaltación en su tono—. Ha de ser ahora cuando hablemos.

—¿Qué pretensiones son ésas?—reprochó el padre.

—Por lo que veo, sólo contáis vosotros—dijo Jan-Erik, aca-lorado—. Vosotros sólo sois los ofendidos... los decepcionados. Solamente vosotros, ¿eh? Pero lo que he sufrido yo, nada os importa.

—¡Jan-Erik, detén tu lengua!—repitió la madre.

—No me preocupan vuestros sentimientos—continuó el muchacho hablando duramente, en su boca había un rictus de suprema amargura—. porque veo que tampoco os importan los míos. Está bien. ¡No hay más que hablar!

—Hijo mío, ¿cómo puedes hablar así?—dijo su madre, confesando con su tono de voz el sufrimiento que las palabras de su hijo le producían.

—No quiero saber nada. Me voy de casa —anunció Jan-Erik, ofuscado—. Así os evitaré el sentir os avergonzados de mí.

—Creo que estás completamente loco—le dijo su padre.

—No, papá—negó el muchacho—. En mi vida he razonado mejor.

Y dicho esto se dirigió resuelto hacia la puerta.

—Pero Jan-Erik—dijo su madre, suplicante—. ¿Qué vas a hacer? No tienes corazón. No te vayas, hijo.

Jan-Erik, cegado como en aquellos momentos estaba, no hizo caso a las súplicas de su madre y abriendo la puerta se marchó.



Jan-Erik, que había vuelto sus espaldas a la sociedad, se fué a vivir a la antigua buhardilla de Berta, ya que aun conservaba una llave que ella le diera.

Sólo Sandman, con el que siempre le había unido una gran amistad, fué quien se enteró del lugar en que habitaba. Con noble espíritu de camaradería se ofreció el simpático muchacho para servirle en todo lo que necesitase. Su casa y sus ahorros puso a disposición de Jan-Erik, pero lo que más agradeció éste fué el fuerte apretón de manos que le dió al despedirse: juntos iban en él su corazón y amor de compañero. Comprendió que él tenía un verdadero amigo que le ayudaría en todo momento.

Ya entrada la noche en su primer día de estancia en la humilde habitación que perteneció a Berta, Jan-Erik oyó que llamaban a la puerta. Antes de abrir y extrañado preguntó quién era.

—¿Estás tú solo, Widgren?—contestaron.

El asombro que Jan-Erik experimentó al reconocer la voz del Rector fué extraordinario. Pero tanto como la presencia del Rector le maravilló el tono afectuoso que su superior había empleado al hablarle tuteándole, cosa que nunca había hecho hasta entonces.

—Sí—respondió Jan-Erik a la pregunta que el Rector le hiciera—. Pase usted, señor Rector.

—Quisiera que habláramos—dijo el superior nada más entrar—. ¿Te molesta?

—No—respondió perplejo y sin salir de su asombro Jan-Erik; no acertaba a explicarse cómo después de haber sido expulsado del Instituto, venía a verle el Rector, empleando, además, tan amable y correctísimo lenguaje. Se quedó mudo esperando que el buen señor empezase a hablar.

—¿Por qué no enciendes la luz?—preguntó el Rector, viendo la habitación sin iluminar, indicación a la que Jan-Erik hizo caso en el acto—. He llegado hasta aquí—explicó—porque me encontré a Sandman que me dijo en donde vivías, y me alegró de haberte encontrado, ya que deseaba hablar contigo.

El Rector hizo una pausa y aceptó agradecido la invitación que Jan-Erik le hizo para que se sentara.

—A ti no te gustaba el Instituto, ¿eh?—prosiguió—. Mejor dicho, tú no te encontrabas a gusto en él, ¿verdad? Ya, ya, lo comprendo. Tu temperamento no se acomoda bien a nuestra forma de enseñanza.

—¿Qué pretende de mí?—preguntó intrigado Jan-Erik, añadiendo con noble sentimiento—: Nunca conseguirá que yo hable mal del Instituto, sólo estoy fuera de él a causa de un... —quiso decir un exabrupto, pero se contuvo— de un profesor. De los demás, conservo, como creo que conservarán de mí, un cariñoso recuerdo.

—Me parece muy bien, Widgren—dijo el Rector—. Pero lo esencial ahora es que vuelvas con tus padres. ¡Pobrecillos! Están muy preocupados.

—¿Ellos?

—Sí, ellos. Que son los únicos que podrán ayudarte.

—Por mí ya nadie podrá hacer nada.

—Es posible—admitió el Rector—; pero creo, Widgren, que en tu conciencia, sólo tú puedes depurar ciertos hechos en los que incurriste torpemente. Pero, además, también hay otras cosas que es preciso aclarar, ya que de ellas me siento yo un tanto responsable.

—Usted dirá—dijo Jan-Erik—. Hable sin reparos; con entera libertad.

—Tú, en tu gran desesperación —explicó el Rector—, has roto de un golpe todos los lazos que te unían con la sociedad. Aunque te parezca extraño, debo decirte sinceramente que acaso tenga algo de culpa el Instituto. Desde luego tu expulsión... si no muy justa, fué inevitable. Pero —animó— yo te ayudaré en todo lo posible. Intentaré salvarte. Mas tiene que ser con una condición: Has de volver a la vida y ser valiente. Debes ponerte nuevamente en contacto con la sociedad y proseguir tus estudios.

Jan-Erik, a quien las palabras del Rector habían servido de estímulo, le contestó:

—Se lo agradezco, señor Rector. Pero le ruego que me deje solo, he de pensar lo que usted me ha dicho.

—Adiós, Widgren—dijo su superior, levantándose—. Y prométeme antes de irme que no has de hacer ninguna tontería.

—Prometido—contestó Jan-Erik.

—Adiós, seño Rector—contestó el muchacho.

* * *

A la mañana siguiente Jan-Erik decidió seguir el consejo del Rector y volver con sus padres. Cuando bajaba las escaleras de la casa de Berta, se sorprendió al encontrarse con «Caligula» que subía por ellas.

Denotaba su antiguo profesor cansancio y abatimiento. Su mirada no tenía ya esa expresión sardónica que le caracterizaba. En su boca, contraída en un rictus de tristeza, no se mecía ya su sádica sonrisa.

—¿Qué quiere usted de mí?—preguntó receloso Jan-Erik al darse cuenta que el profesor se había detenido al verle.

—¿Estuvo el Rector?—preguntó trémulo «Caligula».

—Sí—respondió secamente Jan-Erik.

—¿Qué le ha dicho?

—Nada sobre usted.

—Estoy seguro—dijo tembloroso «Calígula»—que vino a decirle algo de mí.

Indudablemente, el profesor se hallaba dominado por el miedo, y por los remordimientos. A pesar de su maldad, y a causa de su cobardía, se sentía incapaz de afrontar una situación que sólo a sus locuras se debía. Un fantasma de pesadilla, día y noche metido en su cerebro, parecía decirle: «Te descubrirán. Sabrán de tu maldad y te despreciarán. Advierte que aun estás a tiempo de reconciliarte con Jan-Erik, o, de lo contrario, cuando resplandezca la justicia, será él quien te acuse». Por ello, «Calígula» había decidido visitar al muchacho, más desde que se enteró que el Rector había estado viéndole y sospechó que tal vez su superior llegase a conocer la verdad.

Jan-Erik, a quien el desprecio que su antiguo profesor le inspiraba, no le permitía hablar ni siquiera con él, continuó bajando las escaleras, dejándole con la palabra en la boca.

—Widgren, tiene usted que escucharme—imploró «Calígula» cuando vio que Jan-Erik no le hacía caso—. A eso he venido. Créame, Widgren. No sé lo que me pasa. Es una fuerza irresistible que anula mi propia personalidad. Puede más que yo, y me obliga a incurrir en monstruosidades que, después, a mí mismo me horrorizan. Pero, compréndame, todos me abandonan en mi tétrica soledad, jamás... nadie me brindó amistad. Nadie, Widgren, compadézcame...

Mientras así hablaba, «Calígula» caminaba suplicante tras Jan-Erik que, rápido y sin volver la cabeza, había salido ya del portal de la casa de Berta y se dirigía hacia la de sus padres.

—No, Widgren—continuó «Calígula»—; no piense que estoy loco. Ella me odiaba —dijo refiriéndose a Berta—. Sólo el miedo que la inspiré pudo retenerla a mi lado... Yo la quería y por eso hice todo. ¡No se vaya ahora, Widgren!

A medida que marchaban, el paso rápido de Jan-Erik hacía crecer la distancia que los separaba. Ya «Calígula», para hacerse oír, necesitaba levantar la voz.

—¡Ayúdeme a salvarme, Widgren! ¡No, no me abandone!
¡Widgren, Widgren...!

Ofuscado como estaba, «Caligula» no vió, al cruzar una de las calles, un camión que marchando con toda velocidad que le permitía su carga amenazaba con atropellarle. El conductor, viendo que la distancia que le separaba del peatón se acortaba por segundos, tocó el «claxon» y aminoró la marcha del vehículo. Tuvo, por desgracia, el aviso un efecto contrario, pues el profesor, aturullado, vaciló unos segundos entre retroceder o avanzar, vacilación que le valió el ser arrollado por el gigantesco camión.

El chirriar de los frenos y el agudo grito de angustia y de muerte que dió el profesor hicieron volver la cabeza a Jan-Erik. Instintivamente cerró los ojos para no ver cómo el cuerpo de «Caligula» se destrozaba bajo las ruedas del vehículo.

Movido, como todos los transeúntes que había alrededor, por un instinto de compasión, corrió hacia el lugar del accidente, deseoso de poder prestar alguna ayuda a la infortunada víctima.

No fué instantánea la muerte de «Caligula», pues cuando Jan-Erik llegó aun había en él un aliento de vida que le permitía tener los ojos abiertos y respirar dificultosamente.

Reconoció en seguida a Jan-Erik, cuando éste se agachó para auxiliarle, e hizo un esfuerzo por mover los labios; por fin, su boca pudo articular algunas palabras.

—Perdón, Widgren... perdón—musitó, cerrando los ojos, en un estertor de agonía.

Vió Widgren tal expresión en los ojos del profesor, que venciendo todos sus prejuicios dió salida a la nobleza de su alma. Deseando ver morir a «Caligula», por lo menos con un poco de paz, le estrechó la mano en señal de perdón. El profesor, al contacto de la mano de Jan-Erik se incorporó y con un indecible bienestar dentro de su fin que se aproximaba, agradeció con una apregada mirada el gesto de Jan-Erik. Luego dijo sordamente:

—¡Dios mío!... Perdonadme Vos también.

Un guardia de la circulación que se había acercado al lugar del accidente dió orden al conductor del camión que cargase con el cuerpo de la víctima y que la condujese al Depósito municipal. Anotó el número de la matrícula del vehículo y dijo después a la gente que se hallaba agolpada en derredor:

—Quédense aquí dos o tres personas para declarar como testigos, los demás, hagan el favor de circular.

El público se fué retirando y entre ellos Jan-Erik que, enormemente impresionado, se dirigió a su casa, pero ya sin odio y rencor hacia el que fué su cruel profesor: la muerte, trágica y horrorosa, le había abatido, haciéndole olvidar.

* * *

Todo júbilo y regocijo, mezclados con alguna lágrima de alegría, fué la llegada de Jan-Erik a su hogar. El hijo pródigo había vuelto y las campanas de los corazones de sus padres repicaban a gloria.

Después de los besos y abrazos, el padre de Jan-Erik entregó a su hijo, no sin cierta y simpática ceremonia, una carta dirigida a él. Figuraban en el sobre el membrete del Instituto de Halsingborg.

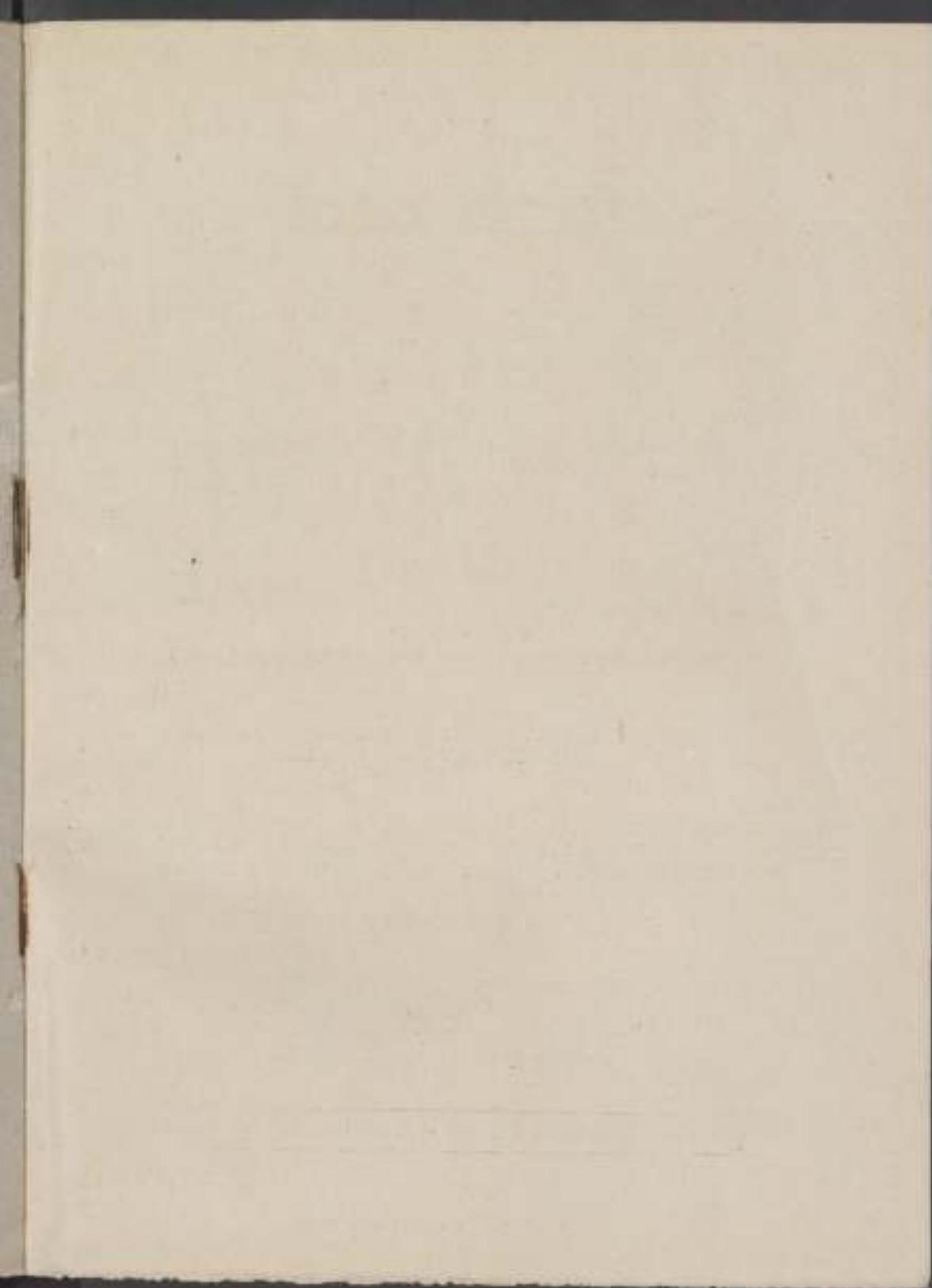
Nervioso sacó Jan-Erik los papeles que contenía y emocionado los leyó. Uno de ellos era las notas de fin de curso; un sobresaliente, honroso y merecido, premiaba con ellas el esfuerzo de un año de estudios; el otro papel era una carta de puño y letra del Rector, en la que había palabras, sinceras y elocuentes, de felicitación y alabanzas. En ella le decía que como premio a la obediencia con que había acogido sus consejos volviendo a casa de sus padres, le enviaba las notas que había obtenido en los exámenes y retiraba la expulsión que sobre él pesaba.

Jan-Erik lloró. Jan-Erik rió. Jan-Erik dió por fin gracias a Dios, por su justicia divina y por su misericordia sin límites.

De esta manera —como el Rector augurara— en la vida de Jan-Erik se abrieron nuevos horizontes, pero nuevos horizontes, sin nubes, bañados por un sol resplandeciente que inunda los corazones de amor y felicidad.

Y en la tumba de Berta nunca faltó una flor...

FIN



CANCIONERO

de  Editorial ALAS

1 peseta

RAFFLES
PEPE BLANCO
CARLOS GARDEL
ANTONIO AMAYA
CARMEN FLORIDO
ANTONIO MACHIN
MANOLO CARACOL
NIÑA DE LA PUEBLA
JUANITO VALDERRAMA
LOS MEJORES CANTARES
BONET DE SAN PEDRO
HERMANOS VIANOR
CONCHITA PIQUER
CARDOSO (Tangos)
RAQUEL RODRIGO
CARMEN SEVILLA
GLORIA ROMERO
PEPITA LLACER
LUIS ARAQUE



IRMA VILA
NEGRETE
MARIA ELVIRA
JUANITA REINA
NIÑO ALMADEN
HUGO DEL CARRIL
MANOLO SEVILLA
EL PRINCIPE GITANO
MIGUEL DE LOS REYES
RUISEÑORES DEL NORTE
TOMAS DE ANTEQUERA
IMPERIO ARGENTINA
GRACIA DE TRIANA
ALFONSO GUERRA
PEPE MARCHENA
EL GRAN KI-KI'
LOLA FLORES
JOSE MARIA

CANCIONERO EXTRAORDINARIO

1'50 ptas.

TOMAS RIOS - ANTONIO MACHIN - BONET DE SAN PEDRO
MARIA DEL VALLE - LOS CLIPPER'S

2 ptas.

CINCO VOCALISTAS DEL JAZZ - CINCO ESTILISTAS CALÉS - CINCO ESTRELLAS
CALÉS - CINCO ESTRELLAS DEL HOT - TRIO CALAVERAS - CUARTETO TROPICAL
ANTONIO MACHIN - IRMA VILA - COMBINADO ESTELAR

COLECCION NEGRETE

1'50 ptas.

CREACIONES DE JORGE NEGRETE
JORGE NEGRETE Y AMANDA LEDESMA
JORGE NEGRETE, SUS NUEVOS EXITOS
JORGE NEGRETE - IRMA VILA - TITO GUIZAR

Pedidos a EDITORIAL ALAS - Apartado 707 - Barcelona

4 pesetas